

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS  
SERIE ★ ALFA

Editorial **ALFA**



I S A  
MIRANDA ★

# DOCUMENTO Z-3

*Claudio*  
G O R A



*Luis*  
HURTADO





**DOCUMENTO**

**Z - 3**

---

---

Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

---

---

ARTES GRAFICAS ESTILO  
Valencia, 234 - Teléfono 70657  
BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:  
APARTADO DE CORREOS 787 - BARCELONA

AGENTES DE VENTA: Sociedad General Española de Librería  
Barbieri, 16, Barcelona - Tornos, 4, Madrid

EDITORIAL  
**AES**

AÑO XIX

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS  
SERIE ★ ALFA

NUM. 828

NUM. 89

## DOCUMENTO Z-3

### Espionaje y contraespionaje

La labor más ingrata y heroica a la vez es la del agente del Servicio Secreto. Con la vida pendiente del pelotón de fusilamiento ha de jugársela cada vez que su país se lo pida. Y no solamente esto, sino que ha de anular sus sentimientos para no incurrir en errores que resultarían muy perjudiciales. En Documento Z-3, el más moderno film de espionaje, tiene lugar un idilio entre un hombre y una mujer, enemigos por su patria y unidos por un sentimiento que no pueden ocultar.

Calle Valencia, 233

Plaza Sorolla, 4 y 6

BARCELONA



VALENCIA

Avenida de José Antonio, 41. - MADRID

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Sandra Morinot</i>	<i>Isa Miranda</i>
<i>Pablo Sulich</i>	<i>Claudio Gora</i>
<i>Petroski</i>	<i>Lula Hurtado</i>
<i>Tatiana</i>	<i>Tina Lattanzi</i>
<i>Kavelik</i>	<i>Guillermo Barnabo</i>
<i>Fioravanti</i>	<i>Carlos Tamberlani</i>

Director:

**Alfredo Guarini**

Narración literaria:

**Torregrosa**



# DOCUMENTO Z-3

## RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELICULA

### ¿QUIEN ES ELLA?

**E**N la región de Sudania la policía andaba de cabeza tratando de localizar a una mujer. En realidad, más bien que ¿quién es ella? se preguntaba que dónde podría encontrarla. Porque se les había esfumado sin saber cómo, y los pobres subalternos sabían que no podrían descansar hasta poder entregarla. Fué por la carretera. Su coche huía en vértigo de locura delante del coche de los agentes... cuando de pronto desapareció. Es cierto que el coche lo encontraron más tarde en el fondo de un barranco... Pero de la mujer no hallaron ni rastro.

El capitán Skonie penetró rápidamente en la Inspección de

Policía. Encontrándose con un subalterno, explicó:

—Soy el capitán Esteban Skonie... ¿El inspector jefe?

El policía le franqueó la puerta del despacho del mismo.

—¿El inspector jefe?—preguntó el capitán, al penetrar en el despacho donde éste se encontraba, sentado en su mesa de trabajo.

—Sí —dijo lacónicamente el inspector, quedándose a la expectativa de las explicaciones del recién llegado. Este se presentó:

—Soy el capitán Esteban Skonie... del servicio secreto.

—He recibido hace poco el telefonema de Trebinje... en que

me avisaban su llegada —contestó el inspector.

—¿Tiene usted alguna noticia? —preguntó Skonie ansiosamente.

—Ningún coche de dos plazas ha pasado por aquí... Mis agentes lo hubieran detenido —dijo el inspector decepcionando a Skonie.

—Es increíble —dijo Skonie perplejo. —Hemos ido juntos hasta ocho millas de aquí... Dígame —añadió cavilando—, ¿existe alguna carretera que desde la general llegue al interior?

—No, solamente hay un pequeño sendero que sube hacia la montaña. Mírelo, capitán —dijo mostrándoselo en un plano.

Skonie, cabizbajo, no cesaba de barajar sus reflexiones.

—La última vez que hemos visto el coche... estaba cerca de este punto —dijo señalando uno del mapa—. Sus agentes, ¿dónde estaban?

—Aquí... —dijo el inspector señalando otro punto.

—No puede haber salido de este sector, hay que telefonar para dar una batida por toda esta zona... Debemos removerlo todo... cada casa, cada pajar...

Una mujer joven, con aspecto de fatiga, cayéndole la rubia melena por el rostro, corría sin detenerse por el bosque, subiendo hacia el pabellón rústico, entrevisto como una salvación en su azarosa huida. Saltaba arroyos, troncos de árboles y ascendía intrépida por alcanzar la meta de sus deseos. Llegó, por fin, a la puerta, que no estaba cerrada, y empujándola preguntó:

—¿Se puede?

No recibió respuesta ninguna y se decidió a entrar, no sin repetir su pregunta. En el pabellón, que no carecía de confort, se notaba, sin embargo, la ausencia de una mano femenina en muchos detalles. No faltaban divanes cómodos, pieles a manera de alfombras, algún adorno de trofeo de caza. Aquella pieza, solitaria entonces, parecía el lugar centro de la vivienda, donde se pasarían las veladas, largas y tranquilas, entre la lumbre del hogar, que ardía confortadora, los sueños y los recuerdos.

De un fogoncito que se veía en un extremo, salía mucho humo y alío a quemado. Se acercó resuelta y retiró del hornillo una sartén en la que algo se achicharraba. En este momento apareció Pablo, el dueño y señor de todo



aquello que, extrañando la intrusión en sus asuntos de cocina, preguntó:

—Pero, ¿qué hace? —antes de preguntarla quién era y cómo había llegado hasta allí.

Pablo era joven, no tendría quizá los treinta y dos años, y era alto y fuerte. Sus ojos, muy claros, resultaban fríos en su rostro demasiado serio.

—Se ha quemado... —dijo ella, disculpándose, mostrándole entre el aceite negro y maloliente las islas oscuras de los fritos estropeados.

—Ya lo veo —contestó él malhumorado. Ella se creyó en el caso de explicarle:

—Le sorprenderá mi presencia... Pero pasaba por aquí..., he visto la puerta abierta..., noté olor a quemado y...

El la miraba fijamente, en silencio, no ayudándola ciertamente a explicarse bien. Sólo dijo refiriéndose a la comida:

—Gracias... Probaré a hacer otra.

—¿Quiere que lo intente yo? dijo ella, tratando de ser amable.

—¡Pues, claro! Seguro que será más hábil que yo. Nunca recuerdo si la mantequilla se pone antes o después...

—Creo que se pone antes —dijo Sandra sonriendo.

—Comprendo... Me parece que tampoco usted...

—En efecto —asuntó la muchacha—. La cocina no es muy fuerte... Pero para preparar esto... me parece que saldré adelante.

Y quitándose el abrigo, se dispuso a actuar.

—¿Quiere, entretanto, rallar un poco de queso? —dijo tomándole de ayudante en aquellos menesteres.

—Sí... Eso creo que sabré hacerlo. ¿Puedo tener el honor de invitarla a cenar? —la preguntó amablemente.

—Gracias —aceptó Sandra—. ¿Dónde está la sal?

Mientras trabajaba, miraba aquella estancia con interés.

—Es bonita su casa... ¿Es suya? —le preguntó.

—Por un par de meses al año.

—¿Vive usted solo? —siguió preguntando Sandra, que por las señas era extremadamente curiosa.

—Sí, solo... Es muy difícil que nadie se arriesgue a subir hasta aquí —dijo convencido.

—Créame, siento mucho haber venido a turbar su soledad —fué diciendo la joven. Pero como

su encantadora feminidad seducía a su interlocutor, éste exclamó sinceramente:

—¡No!... ¿Qué dice? Al contrario, ha sido una grata sorpresa. —Y preguntó a su vez:

—¿Viene de lejos?

Ella no respondía de tan buena gana como preguntaba. Vacilante, dijo:

—De Rayeska... Verá usted... quise dar un paseo... Y me he perdido...

—Un paseo demasiado largo... Hay unas tres horas de camino hasta allí —dijo Pablo extrañado.

—Es verdad, anduve toda la mañana —contestó ella con naturalidad.

—Estará cansada...

—Un poco... —Y como el frito estuviese en su punto, anunció la joven:— Esto... ya está.

Pablo la indicó la habitación contigua, comedor del pabellón, diciéndola:

—Si tiene la bondad de pasar yo llevaré todo lo demás— y mientras ella le obedecía, él recogió mantel, cubiertos y todo lo necesario para el servicio de la mesa. Sandra muy complacida le ayudó a su arreglo, fiseando al mismo tiempo este departamento que no había sido aún inspeccionado por su curiosidad.

—¿Quién le arregla la casa?— le preguntó.

—Nadie... Ese es mi entretenimiento... Durante todo el año hago puentes, carreteras... Ahora sólo me hago la cama —contestó Pablo.

—¡Ah! —exclamó ella satisfecha, al poder averiguar la profesión de su interlocutor—. ¿Es usted ingeniero? ¿Y dónde construye sus puentes?

—Por todas partes... ¿Y usted?

—¡Oh!... Yo no construyo puentes —dijo evasiva.

—No... quería decir... qué es lo que hace —insistió Pablo.

—Nada importante... Mi madre hubiera querido que fuese maestra... Mi padre que me hubiese casado...

—¿Y a quién ha obedecido? —preguntó él curiosamente.

—A ninguno de los dos... Escribo novelas, soy periodista...

—¡Ah! Tendrá mucha fantasía —dijo él, ignorando con qué intención—. ¿Para ser periodista?

—También... algunas veces... Pero, especialmente, para escribir novelas.

—Basta ser observadores —replicó ella—. La vida está llena de imprevistos... —Y pensaba, en-

tretanto, lo extraño de su situación en aquellos momentos, lejos de su destino y cenando con un desconocido.

—¡Ya!... —decía el ingeniero—. Por ejemplo... este encuentro nuestro. Un hombre solitario y una joven que deambula por las montañas... Un prólogo bonito para una novela —dijo con alguna ironía.

—Veamos ahora —continuó Pablo— ¿qué es lo que deberían hacer, según usted... los protagonistas?...

—Sentarse a la mesa... antes que la comida se enfríe —repuso ella uniendo la acción a la palabra. Y como era lo más indicado, él se sentó también.

Pablo, que en todo quería proceder con método, coligió que no estaba bien comer juntos sin sa-

ber cómo se llamaban. Al caer en la cuenta, exclamó:

—¡Oh!... Olvidaba un detalle importante. Yo me llamo Pablo Sulich —dijo presentándose.

—Y yo, Sandra Morino! —respondió ella muy divertida.

—¿Lavona? —preguntó él, seguro de no equivocarse.

—Sí... de Sivelich... ¿Es usted sudanio?

—Sí... sudanio. Bueno, a ver... Probaremos este famoso guiso —dijo sintiendo ya verdadero apetito.

—Esperemos que esté bien —dijo Sandra, con ligero temorcillo en el tono. Pero él lo paladeó con gusto y dió su entusiasta aprobación.

—Perfecto.

Y sin más ceremonia, los dos atacaron sus raciones alegremente.

## POSTRES AMARGOS

Los dos jóvenes habían terminado su comida. Sandra reconocía por las ventanas del pabellón, las tierras circundantes al mismo.

—Bajando por aquella carretera... ¿se encuentra el ferrocarril? —preguntó señalando la que se veía cerca de allí.

—Sí... a unos cinco kilómetros hay una pequeña estación. Pero si quiere volver a Rayeska... le conviene descender por la otra vertiente —respondió Pablo, que se disponía a fumar su pipa.

—Sí, ya lo sé... Preguntaba por... —dijo Sandra aparentando indiferencia. Después se acercó a otra ventana:

—¿Y siguiendo por aquel sendero..., adónde llegaría?

—A la carretera general y de allí a la frontera. Pero, ¿por qué le interesa tanto la topografía de mi refugio? —preguntó intrigado.

—¡Oh! por nada. Soy muy curiosa, ya lo habrá notado —contestó ella sin desconcertarse. Pero encontró prudente sentarse un poco junto al hogar y lo hizo en un cómodo sillón frontero al de Pablo.

—Bueno... Ahora que conoce los caminos, espero que recordará éste para volver aquí —dijo Pablo, después de un corto silencio.

—Es posible... ¿Quién sabe?... Entretanto tendré que recordar que tengo que irme —dijo Sandra levantándose.

—¿Tan pronto? ¿No quiere



quedarse un poco más? —preguntó Pablo sinceramente, porque se encontraba muy a gusto en su compañía.

—Si dependiese de mí... me quedaría toda la vida. Es tan bonito... tan tranquilo... —dijo con aire de tristeza resignada.

—Entonces... ¿por qué no se queda? La encargaré de la dirección de mi cocina —la animó él.

—¡Oh! No se le ocurra... Le obligaría a comer fritos todos los días.

—Le prometo que no me cansaría —le aseguró galantemente. —¿Es que no quiere usted quedarse?

Ella le explicó en el tono que se usa para convencer a los niños cuando se obstinan en acompañarnos y no debe ser:

—No es que no quiera... Es que no puedo.

—¡Comprendo! —dijo él, haciéndose en retirada—. ¿Hay alguien que la espera? ¿El hombre elegido?

—No... Aún no hay ningún elegido —aseguró ella.

—Entonces... ¿un amigo, un padre severo?

—No tengo amigos —dijo amargamente—, y mi padre ha muerto.

—Perdone...

Sandra volvió al tono jovial acostumbrado.

—Me ha dicho usted antes que en los alrededores no hay nadie capaz de ganarle preparando una taza de grog...

—Es la verdad —aseguró Pablo sin falsa modestia.

—Sí... Pero no me lo ha demostrado usted —dijo ella maliciosa.

—Perdone... Soy un pésimo amo de casa —dijo excusándose—. Me bastarán dos minutos... —la suplicó, deseoso de que probara su habilidad.

Ella accedió a esperar, pidiéndole entonces:

—¿Tiene aguja e hilo?... Un botón de mi abrigo se está cayendo... Mientras usted prepara el grog y...

—Ya lo creo —contestó poniéndole en las manos una caja con todo lo necesario—. Aquí hay de todo, agujas, hilo, dedal. Si necesita algo más...

Llegándose después a un pequeño armario de la otra habitación, sacó los ingredientes necesarios para preparar su grog, mezclándolos con afán de mejorar su obra. Mientras tanto, Sandra, de espaldas a la puerta y tapando con su cuerpo lo que había, descosió rápidamente un tro-



zo del forro de su abrigo, introduciendo en la abertura unos papeles y volviendo a coser en seguida lo que había descosido. Viendo que Pablo venía con la taza en la mano, recogió todos los avíos doblando el abrigo como al azar, pero muy hábilmente.

—Ya está —dijo— no espero más. Estoy dispuesta a probar su obra maestra... —Y tomándole la taza alabó:

—¡Tiene un aroma delicioso!... Perfecto —aprobó al gustarlo.

—¡Los banquetes que podríamos organizar con sus fritos y mi grog!

—Sería maravilloso... pero es preciso renunciar —contestó resignada—. Es tarde, debo irme.

—Déjeme que la ayude —dijo él, tratando de ponerle el abrigo. Ella se excusó:

—No, gracias, no se moleste... Pero, ¿qué hace? —preguntó inquieta, al ver que él examinaba la prenda.

—Nada... Es que quería ver si el botón que ha cosido usted estaba fuerte... Pero, ¿cuál es? —dijo no acertando con el de la avería.

—Pues... no recuerdo ahora... —dijo deseando quitarle el abrigo.

—¡Qué casualidad! Están todos iguales y todos cosidos con hilo gris... —dijo Pablo con ironía.

—¿Qué quiere usted decir?... No comprendo... —dijo Sandra poniéndose un poquito pálida.

—No, Nada... —Y como el teléfono empezara a llamar, se excusó:

—Perdóneme... Permítame... Al habla... Sí, soy yo..., diga. Sí, le oigo, continúe... ¿Cuándo? ¿Cómo?

Ella disimulaba su ansiedad. Pablo la había mirado, mientras escuchaba, como en muda interrogación. Estaba casi segura de lo que trataba él con su comunicante.

—Sí... Creo que podré darle alguna noticia respecto a lo que desea. Bien. —Y volviéndose dijo disimulando:

—Perdóneme. Era un amigo. Haciendo que se lo creía, ella quiso acelerar su salida.

—Bien, señor ingeniero... le doy las gracias por todo...

—Espere... —dijo él sin mirarla—. Tengo que hablarla... No debería usted volver a Raveska... Están buscando a una mujer desaparecida misteriosamente... Una mujer... joven como usted, rubia, como usted... y con

un abrigo como el suyo.. Con todas estas coincidencias es fácil suscitar sospechas.

—¿Ha sido eso lo que le han telefonado?—preguntó para adquirir la certeza de lo que estaba en su ánimo.

—Sí... eso —confesó Pablo.

—Entonces... ¿qué es lo que piensa?—preguntó, jugándose su última carta.

—Pienso... que la novela podría resultar interesante... Si, por ejemplo, usted no fuese una escritora en busca de inspiración y yo no fuese un ingeniero en busca de soledad... Podría ocurrirle algo desagradable.

—¿Qué?—preguntó ella con intrepidez.

—No lo sé... Podemos pensarlo... Supongamos que usted se halle al servicio de una potencia extranjera... Que se ha encontrado cerca de la frontera con un cómplice, para entregarle un documento secreto...

Ella se había sentado en el brazo de un sillón, animándole a continuar con su mirada.

—...Que la han descubierto en el momento de entregarlo... —siguió Pablo—. Detienen al cómplice y usted trata de huir. Ellos la siguen, casi ha logrado hacerles perder su pista, pero al fin la

encuentran en una casa entre las montañas... ¿Comprende?... Solamente es una hipótesis.

—Continúe... me interesa —dijo Sandra.

—No, continúe usted. Yo no tengo mucha fantasía...

—Está bien Continuaré yo —dijo resueltamente—. El hombre que la escucha descubre la verdad... Aquella mujer está ahora en sus manos... Puede ayudarla o perderla... En cuanto a este punto, es preciso conocer el carácter de los personajes... Saber si ese hombre posee un alma generosa —pronunció casi en voz baja, con angustia.

—La generosidad aquí no cuenta —repuso Pablo secamente—. Se trata de una espía que traiciona a su patria... la tierra donde nació.

—Puede darse el caso de que la tierra donde nació... no sea su patria —dijo ella con intención.

Pero muy cerca se oían varias pisadas fuertes, precipitadas, siniestras para el oído y el corazón de la joven.

—Alguien se acerca —dijo escuchando.

—La policía —dijo Pablo—. Es inútil... No hay más que una salida... ¡Mala suerte! —añadió con ironía sin entrañas—.

Precisamente cuando construíamos nuestra novela...

—Usted ha de resolver la situación —exigió Sandra.

Pero ya el capitán Skonie, seguido de sus agentes, aparecía en la puerta.

—Buenas noches —dijo saludando a Pablo, sin reparar aun en ella.

—Buenas noches, capitán.

—Estamos buscando a una mujer que...

—Sí —le interrumpió Pablo, queriendo resolver la cuestión en pocas palabras—. La señorita Sandra Morinof... —dijo señalándola.

—Tenemos orden de detenerla —dijo Skonie, sin atreverse aún a cumplir la orden que traía. Pero ella, poniéndosele delante:

—Estoy a su disposición —dijo. Luego mirando a Pablo de arriba a abajo, con un gesto de infinito desprecio, le arrojó a la cara estas palabras:

—¡Es verdad! Tiene poca fantasía... Como conclusión me parece bastante ingenua...

A Pablo le dolió aquello y fríamente advirtió a Skonie:

—¡Un momento!... Descosa el forro del abrigo, capitán... Debe de haber algún documento.— Y volviéndose a ella, le devolvió:

—También tiene usted poca fantasía... La excusa del botón, perdón, era un poco ingenua...

—¡Ya!... Podía bastar para un ingeniero, no para un policía...

—La definición no es exacta— replicó Pablo—. Permítame... rectificaré mi presentación... Soy el nuevo agregado de la oficina de Información del Estado de Sudania... —Y refiriéndose al documento, dijo al capitán:

—Yo lo entregaré a las autoridades... ¿Me permite?

Todos estaban molestos. Siempre resulta duro para los hombres detener a una mujer, mucha más cuando ésta no aparece como una indeseable y se hace respetar.

Era la hora de salir. A pesar de que aquello lo sufría Sandra por su patria, ¡qué duro se le hacía salir como una vulgar delincuente, escoltada por la policía!

—¿Podemos marcharnos? —preguntó Skonie.

—Cuando quieran —contestó Pablo, que estaba examinando los documentos.

Salieron haciéndola subir al coche, cosa que ejecutó sin la menor resistencia. No pensaba en aquellos momentos. Después de la tensión de las horas ante-



riores, al fin se concedía unos minutos de descanso. Y recostándose en el asiento, cerró los ojos. Con ello, quizá aquellos hombres, respetando su abatimiento, no la interrogarían. Y a ella le convenía hablar lo menos posible. En el fondo, no estaba desesperada. Era valiente y optimista. Había perdido aquella batalla, pero no su guerra. Alguna ocasión se le ofrecería de salvarse, que en peores trances se había visto y había logrado vencer.

El primer interrogatorio en la Inspección no había dado resultado ninguno. Ella se encerró en una indiferente reserva, como si la importase poco aparecer inocente o no. Comprendía que casi siempre es peor excusarse. Callando, pocas veces se equivoca el acusado.

Llegaban a la ciudad. Era tarde y las calles estaban desiertas. Sandra comprendió, al descender del coche que se acercaba el momento más difícil. No era sólo su pobre vida la que iba a estar en juego. Y mientras pensaba todo esto, ascendía, siempre custodiada por los agentes, por aquella amplia y bien alfombrada escalera de la elegante Jefatura. Des-

pués la hicieron pasar a un saloncito y esperar, sentada en una butaca, a que el jefe quisiera interrogarla.

En la Inspección reinaba el mismo desconcierto de antes por la desaparición inexplicable de aquel maldito coche. El jefe no dejaba parar a sus subordinados y no sabía ya qué orden cursar para el mejor éxito de aquella empresa desesperante.

—He hecho registrar las casas de los pueblos vecinos y no lo ha visto nadie... Sí... los puestos de la frontera han sido advertidos... —esto explicaba un oficial por teléfono. Y el jefe contestaba:

—Envíen a todos los agentes a explorar... Todas las casas de la montaña... hasta las cabañas de pastor... Manténganse ustedes en comunicación telefónica con el capitán Skonie, que bate la otra vertiente. En cuanto tengan alguna noticia avisenme... — Y ya resoplaba con desesperada impotencia, cuando dió una última disposición:

—Mande cerrar todos los caminos. Todo el que pase debe ser interrogado—. Y colgando el aparato quedó hecho la estatua de la desesperación.

## UNA ESFINGE DESESPERANTE

**K**AVELIK, el jefe, era menudo y nervioso y sus enfados solían resultar infantilmente cómicos. Con sus sesenta años o poco menos, apenas si había hecho acopio de malicia y experiencia. Aquel asunto le tenía de malhumor, evidentemente. Hizo entrar a Skonie, antes de hablar con la detenida.

—¿Y bien, Skonie?

—He aquí la ficha de Sandra Morinof —dijo el capitán entregándosela.

—¿Ha hablado? —preguntó deseoso de algún antecedente.

—No. Ni una palabra...

—Es testaruda esa lavona —respondió furioso y renegando.

—Le hemos encontrado esta

cartera... —dijo Skonie mostrándole la de Sandra—. Lleva impreso, sobre la cubierta, el mismo signo que llevaba la pitillera del hombre detenido en la frontera.

Kavelik la tomó con curiosidad, comparando:

—¡Ya!... Son idénticos... —Y después de estudiarla durante unos segundos, ordenó:

—Haga entrar a la señorita Morinof...

Skonie la hizo pasar y ella esperó, en pie, a que él la interrogase.

—Siéntese, haga el favor —la dijo amablemente. Y en tono familiar fué leyendo su ficha.

—¿Con que es usted Sandra Morinof, hija de César, nacida



en Savelich, el 15 de junio de 1914..., de profesión publicista?... ¿Qué significa publicista? —la preguntó extrañado, encontrando nuevo el vocablo.

—Si no lo sabe, consulte un diccionario—dijo ella displicente.

—Señorita... No me parece que sea ese el tono más adecuado a las circunstancias —dijo Kavelik descomponiéndose—. Evidentemente... no se da cuenta de la gravedad de su situación.—Y movía la cabeza, convencido de la inconsciencia de su interlocutor. Esta parecía tranquila.

—Me doy perfecta cuenta —dijo—. Parece que se me acusa de espionaje.

—Exacto —corroboró Kavelik—. ¿Y qué tiene usted que decir?

—Nada... Espero que usted demostrará el fundamento de la acusación.

Kavelik se quedó mirándola. Ella le desconcertaba. Decidió empezar:

—Un hombre ha sido detenido mientras trataba de pasar clandestinamente la frontera —fué diciendo. Y conforme hablaba espiaba en su rostro imposible el efecto de sus palabras—. Tenía en el bolsillo esta pitillera —dijo mostrándosela— con el mismo

signo que lleva usted sobre la cubierta de su cartera. Se trata de... ¿un código? ¿Una clave convencional?

—¿Y eso es todo? —preguntó ella, casi compasivamente.

—¿No le parece bastante? —preguntó Kavelik mirándola de arriba a abajo—. Usted la ha acompañado con un coche que ha sido encontrado destrozado en el fondo de un barranco...

—No comprendo a qué coche quiere usted referirse —dijo Sandra negando.

—¿Quién le ha dado a usted esta cartera —preguntó Kavelik.

—Me la han regalado —contestó ella.

—¿Quién? —insistió el jefe.

—Probablemente la misma persona que me regaló el automóvil —respondió la joven saliendo por la tangente.

—Sandra Morinof —advirtió seriamente Kavelik—. Lleva usted un juego peligroso... Es muy obstinada, pero nosotros podemos ser más obstinados que usted... ¿Quiere usted declarar? —la preguntó por último.

—No tengo nada que declarar —afirmó ella tercamente.

—Peor para usted. En la cárcel tendrá tiempo de reflexionar —dijo entonces Kavelik, como

lamentando aquella obstinación.

—¡Usted no tiene ninguna prueba contra mí! —dijo Sandra, muy agitada, saliendo de su indiferencia al escuchar esto a Kavelik.

—La prueba la encontraremos —repuso él, cansado ya y sin mirarla. Y dando la entrevista por terminada, ordenó a Skonie:

—Llévesela...

—No puede usted arrestarme... —protestaba Sandra, pero el capitán, suavemente la obligaba a salir del despacho, mientras que Kavelik se desentendía de ella.

En el coche, camino de la cárcel, el ánimo de Sandra decayó. Sin importarle ya disimular ante sus acompañantes, se dejó caer en el asiento, abatida por la angustia. ¡Si fuera sólo morir! Pero eran tantas cosas... Las humillaciones, su reputación al no ser capaz de llevar aquel servicio hasta el final... Los suyos... ¿Y por qué no decirlo? ¡La suciedad y las incomodidades a las que no estaba acostumbrada y que, sin duda, la esperaban en la prisión.

Llegaron pronto. El edificio, nada decía visto por fuera. Pero después que la filaron, tomaron sus huellas y soportó el cacheo, ligero en verdad, de la matrona;

cuando la hicieron atravesar corredores y galerías y, por fin, bajar y bajar más escaleras; cuando se encontró ante la puerta de una verdadera mazmorra y descorrieron los enormes cerrojos para que ella pasara, y vió en el interior del departamento una mujer excitada que increpaba a gritos a los funcionarios diciendo que ella era inocente y no debía estar allí; cuando vió todo esto, lo que había de ser su habitación y la que había de ser su compañera, tuvo que llamar en su auxilio todo su valor para no desesperarse.

En cuanto las dejaron solas, la otra presa, que se llamaba Tatiana, calló, como por encanto. Se le acercó obsequiosa y quiso enterarse en seguida de su nombre, vida y milagros y del motivo de su detención. Sandra, sin rechazarla, extremó las apariencias de su cansancio para no responderla apenas. La otra tuvo a bien respetar su pena y la dejó tranquila, aunque pensando, sin duda, volver a la carga.

Pablo se había trasladado también a la ciudad y entró a conferenciar con Kavelik. Le mostró los papeles hallados en la cartera de Sandra. Eran bien extraños.

En realidad sólo parecían unos inocentes apuntes de paisaje.

—Villas... casitas... albergues... ¿qué significa todo esto? —preguntó Kavelik, muy extrañado, temiendo haber sufrido con la joven una tremenda equivocación. Porque si no fuese más que «una publicista», si situación iba a ser desairadísima.

—Realmente esperábamos haber cogido algo más importante —decía Pablo, que tampoco parecía entenderlo.

—Sin embargo, algún significado debe de tener cuando lo ocultaba tanto —respondía Kavelik con buena lógica.

—Es lo que he pensado también yo... Incluso lo han examinado los peritos... y nada, no resulta nada. ¿La ha interrogado otra vez?

—Sí... Otras dos veces. Todo inútil —dijo recordando a su desesperante prisionera—. No se consigue sacarla una palabra. Veremos... La he dado una compañera de celda —dijo luego más esperanzado.

—¿Quién?

—Tatiana... una rusa blanca que nos hace algunos servicios... ¿Quién sabe si logrará algún resultado?

—Encuentro anticuado este

sistema—repuso el joven, dejando algo cohibido a Kavelik—. Sobre todo conociendo a la muchacha. Eso de que el compañero de celda obtiene alguna confidencia...

—Pero Tatiana es muy práctica—aseguró Kavelik.

—Y la Morinof más lista que ella...—dijo Pablo convencido—. ¿Se figura usted que es tan ingenua que caiga en la trampa?

Los dos quedaron pensativos. Era urgente demostrar la culpabilidad de Sandra, que estaba en el ánimo de ambos, o ponerla en libertad.

El capitán Skonie los sacó de su abstracción entrando y diciendo:

—Acaban de traer al prisionero...

Kavelik se sobresaltaba siempre. Pegó un respingo antes de contestar:

—¡Ah!... Veremos... Puede que ahora podamos obligarle a hablar...

—¿Por qué?—preguntó Pablo.

—He hecho traer al hombre que han detenido en la frontera. Los pondré uno frente al otro... Puede ser que se traicionen... Si quiere usted asistir...

—No... Espero afuera...



En la prisión había llegado la hora del rancho. Los guardianes iban descorriendo los cerrojos de los departamentos y los presos salían a la puerta a recogerlo.

Ante el departamento de Sandra y Tatiana pararon los que llevaban el gran caldero y ellas salieron con su plato metálico a recoger el alimento que les daba el Estado.

—¡Qué comida!... ¿Cómo se puede comer esto? — protestó Tatiana, mirando con desprecio su plato, en el que nadaban algunas legumbres entre un caldo oscuro y alguna verdura.

A Sandra no le agradaba el olor que salía del plato, pues oía fuertemente a grasa de lo más inferior. Pero quiso sobreponerse a su repugnancia, comprendiendo que le era preciso conservar sus fuerzas. Haciendo un esfuerzo probó las primeras cucharadas. No estaba tan malo como creyó en un principio. Con una voluntad de hierro llegó a comer la mitad del contenido del plato... Dudaba si continuar, pues no sabía si sería peor para su salud comérselo todo, cuando volvieron a abrir la puerta de su departamento y la llamaron:

—Sandra Morinof... Venga con nosotros...

Sandra dejó su plato y obedeció. Ante la puerta se encontraban Kavelik y dos oficiales. Mientras la joven seguía a éstos por el corredor, Kavelik entró a cuchichear un segundo con Tatiana.

—¿Y qué?—la preguntó ansioso.

—¡Nada!—contestó ella con amargura.

Sandra se detuvo sobrecogida a la puerta de aquel departamento.

—¿Qué querías de mí?—gritaba un prisionero, delgado, con la barba crecida y ojos de loco, mientras un guardián le obligaba a salir y enfrentarse con ella. Al salir, la miró con indiferencia.

—¿Me enfrentás con una mujer para hacerte hablar?... — preguntaba con sarcasmo —. ¡Hasta una mujer!... ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres? ¡Vete!..

Sandra permaneció serena, a pesar del mar revuelto que se agitaba en su interior. Los que presenciaban la escena espían los rostros de los dos, sin poder adivinar lo que escondían. El no parecía ser más que un hombre desesperado. Ella, si bien había demostrado una levísima emo-

ción, ello no quería decir nada, puesto que a cualquier otra mujer la hubiera conmovido el espectáculo.

—¿Conque no la reconoce usted? — preguntaba Kavelik al prisionero—. Representa usted muy bien su papel.

Y dando por terminada la prueba que tan poco éxito le había proporcionado, ordenó al oficial:

—Acompañe otra vez a la prisionera a su celda... Ya resolveremos esto...

—Sí, no tardéis en resolverlo; pero pronto... pronto... — decía el preso, repitiendo su frase con verdadera obsesión.

Sandra se dejó caer en el banco de su celda a la vuelta de la terrible prueba, y Tatiana se le acercó obsequiosa:

—¿Qué hay?... ¿Qué te han hecho?—la preguntó.

—¡Pobrecillo!... — exclamó Sandra, cubriéndose el rostro con las manos.

—Un careo—dijo Tatiana—. ¿Le conocías? — preguntó inocente.

—No...—dijo Sandra—. Creo que le fusilarán...

—Bebe un poco de agua—dijo

Tatiana ofreciéndosela en un vaso de metal—. No piensea en eso...

Y en tono confidencial añadió:

—Yo saldré pronto de aquí... Puede que hoy mismo... Tú también saldrás. Si no existen pruebas en contra tuya... mi abogado te pondrá en libertad—decía animándola. Y mientras la hablaba, espiaba sus menores gestos con avaricia.

Pablo media el despacho a grandes zancadas, nervioso y desazonado. Al ver entrar a Kavelik, le preguntó:

—¿Qué?... ¿Se ha tracionado?...

Pero Kavelik venía de un humor de todos los demonios.

—Nada... Ni siquiera la menor turbación... O es una perfecta actriz o puede... — y dejó sin terminar la frase, sumiéndose en un mar de ideas encontradas, mientras arrojaba su sombrero en un sillón.

—¿Qué piensa? — le preguntó el joven.

—Pero no... no es posible que sea inocente... Hay demasiadas circunstancias en contra suya... —decía contestándose a sí mis-



mo, mientras maltrataba una plegadera que no tenía la culpa de nada.

—Entonces, ¿qué piensa usted hacer?

—Pues no sé... Por ahora está segura—dijo tranquilo, recordando los cerrojos que guardaban a Sandra.

—Eso en mi opinión no debe hacerlo... Una espía prisionera, no sirve... A los espías se los fusila... o se les pone en libertad...

—¿En libertad?—dijo Kavelik, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Pero está usted loco? Entonces la haré fusilar...

Pablo pareció escucharle impasible. Lentamente le sugirió:

—Esa sería la mejor solución, pero nos faltan las pruebas... Creo que no puede asumir la responsabilidad... Le aconsejo la otra solución—terminó.

Kavelik, después de rumiar aquella sugerencia, tomó su partido.

—Skonie...—dijo llamando al capitán por su teléfono de mesa.

—Voy a poner en libertad a Sandra Morinof... Acompáñela a mi despacho...

Y colgando el aparato, esperó pellizcándose las manos.

## EN LIBERTAD

UN guardián abría la puerta de la celda donde se encontraba Sandra.

—Morinof... El director la llama... Parece que se respira buen aire para usted — la dijo amablemente.

—Ya te lo decía yo... que pronto saldrías de aquí — dijo Tatiana con fingida alegría—. También yo saldré pronto — seguía, mientras la ayudaba a recoger su bolso y su abrigo—. Tienes que prometerme que vendrás a verme a mi casa...

—Sí, iré... —prometió Sandra.

—Hasta la vista, Tatiana... Y mi felicitación por tu habilidad —añadió al salir, riendo irónica.

Tatiana quedó cortada, y si se hubiese dejado llevar de sus im-

pulsos, la hubiera tirado de los pelos. Porque no sólo la había hecho fracasar, poniendo en el alero su reputación de «confidente», sino que añadía el sarcasmo y el ensañamiento. Lloraba de rabia, mientras recogía sus cosas, ya que no tardaría en seguirla, puesto que su papel en aquel asunto había terminado.

Sandra se encontraba otra vez frente a Kavelik. Y a su lado se hallaba también Pablo Sulich. El primero tomó la palabra:

—Señorita... De nuestras investigaciones no han surgido pruebas suficientes contra usted... Por lo tanto, suspendemos el procedimiento que seguíamos... —dijo sin mirarla.

—¿Eso quiere decir que estoy

en libertad? —preguntó ella, no atreviéndose a creerlo.

—¡Naturalmente! —corroboró Kavelik.

—Y a quién debo dar las gracias por tan generoso trato? —dijo mirando a Pablo.

—A nadie... sólo a su inocencia —le aseguró Kavelik—, si no es usted culpable, o a su habilidad, si ha sabido aparentarlo...

—Bien. ¿Entonces puedo irme? —dijo queriendo perderlos de vista.

—Cuando quiera.

—Perdone —intervino seguidamente Pablo—. Olvidaba usted su cartera —dijo tendiéndosela. Y al aproximarse, añadió a media voz:

—No podía ocurrir de otra forma...

—En cuanto a nuestra novela ha tenido un desenlace imprevisto —contestó Sandra.

—Sí, en efecto... un final muy curioso... Espero que éste no le parecerá banal —contestó Pablo.

—¡No sé! ¿Ha sido usted quien se ha dignado proponer mi libertad?

—Sí... yo —dijo Pablo francamente.

—¿Para vigilarme mejor?

—Pudiera ser...

—Entonces, ¿la novela continúa? —preguntó en tono de desafío.

—Eso depende exclusivamente de usted.

—Espero superarle en fantasía —le dijo ella valientemente.

Pero Kavelik estaba a punto del ataque cerebral. No podía sacar nada en limpio de aquel duelo de palabras, pero comprendía que había gato encerrado:

—¿Qué es eso?... ¿de la novela y un final imprevisto?...

—No se preocupe... no tiene importancia —le tranquilizó Pablo amistosamente. Pero a Kavelik le quedaba algo en el cuerpo. Luego, despreciando lo que no comprendía, exclamó:

—¡Métodos nuevos!... No comprendo nada...

Aunque se daba perfecta cuenta de que no estaba «absolutamente» en libertad, Sandra disfrutaba del aire y del sol, de poder ir y venir, pararse a mirar los escaparates, mirar a la gente... No quiso tomar vehículo ninguno para llegar al hotel y prefirió hacer ejercicio.

—Buenos días... Bienvenida, señorita —dijo el portero saludándola. Porque en aquel hotel no era la primera vez que San-

dra se hospedaba y nadie se había enterado de la peligrosa aventura en que se encontró envuelta horas atrás.

—Buenos días. Mándeme el periódico de hoy, haga el favor —le rogó.

Entró en su cuarto, que había abandonado por el espacio de aquellas horas azorosas, y se sentó en una butaca con afán de bienestar.

Minutos después un botones llamaba a la puerta de su cuarto:

—El periódico, señorita.

Cuando el chico hubo salido de la habitación, Sandra echó la llave, dejándola puesta para que nadie pudiera mirar por la cerradura. De un bolso que guardaba en un armario, sacó una polvera, finamente labrada. La desmontó quedándose con la tapa en la mano. Separada de la hoja del fondo, aparecía calada con unos dibujos muy caprichosos.

Desdobló el periódico y buscó en la página de anuncios. Fue aplicando la tapa, que no era sino una clave, y encontró lo que buscaba, lo que encajaba justamente con los calados de su adorno: Flaravanti —un nombre—. Unas señas y la indicación de una tienda de discos de gramófono.

Sin descansar, se cambió de ropa, se acicaló y salió diligente. No estaba muy segura de conocer la casa que buscaba, pero de ninguna manera preguntaría a nadie una palabra. Daría las vueltas que fueran necesarias hasta encontrarla.

Anduvo dudosa por algunas calles, le costó volver sobre sus pasos, alguna vez, pero al fin leyó sobre una tienda de buen aspecto, el nombre italiano que tanto la interesaba. Entró y no tardó en ser atendida. Vestía muy bien, y esto es una circunstancia favorable para ser atendida en las tiendas de lujo.

Se le acercó una dependiente:

—¿La atienden ya, señorita? —la preguntó.

—Gracias... No tengo prisa...

—Estoy a su disposición. Si entretanto quiere usted sentarse...

El dueño o encargado de aquella tienda, un señor delgado, un poco calvo, que vestía con elegancia, se le acercó:

—¿La señorita desea algún disco? —la preguntó.

—Sí... quisiera un disco de música clásica—dijo recordando algo del anuncio.

—No tiene más que elegir... Tenga la bondad...—Y la hizo pasar al saloncito, aislado con



alfombras y cortinas, del bullicio de la tienda. Ella se sentó en una butaca mientras él preparaba un aparato para probar los discos.

—¿Tiene usted alguna preferencia particular, Bach, Listz, Beethoven, Haydn, Mozart?

—Eso... prefiero Beethoven—contestó Sandra.

—Todos nosotros preferimos a Beethoven—dijo Floravanti sonriendo. Y dirigiéndose a una empleada que les había seguido y aguardaba sus órdenes, dijo:

—Señorita... Traígame una sonata de Beethoven... para piano... Una edición magnífica—aseguró volviéndose a Sandra.

—Estoy muy contento de conocerla... señorita Mornof—añadió cuando la empleada salió a cumplir el encargo—. No esperaba verla hoy mismo.

Pero la empleada volvía con el disco solicitado.

—Un momento... Atienda a otros, señorita... Yo atiende aquí... —Después, mientras colocaba el disco y lo hacía sonar, la fué diciendo imperativo y rápido:

—Tengo órdenes para usted... Debe partir inmediatamente. Tome el tren para el Norte... Des-

cenderá en la pequeña estación de Odra... En la plaza de la estación hay una farmacia a cargo de uno de los nuestros... La palabra es «Virgilio»... Le pondré en contacto con unos amigos que la harían pasar la frontera... El territorio se ha convertido en peligroso para usted...

—¿Eso significa que ha terminado mi misión?—preguntó ella.

—Exactamente—dijo Floravanti—. Ahora... ya está usted vigilada por la policía... y su permanencia aquí es muy arriesgada para usted y para todos nosotros...

—Pero es que yo debo dar fin a lo que me ha sido encomendado—insistió Sandra.

—Ya ha hecho usted bastante. Ha sido valiente y audaz... Otros continuarán la misión que ha iniciado...—dijo queriendo hacerla desistir de su idea.

—¿Y si yo rehusase partir?—preguntó Sandra que no quería darse por vencida.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó él, sin comprenderla.

—Yo estoy segura de tener éxito... a pesar de la vigilancia de la policía... Sé perfectamente lo que arriesgo, pero no me importa,

—Aprecio mucho esa decisión —dijo Floravanti galantemente—, pero no puedo menos de confirmarle la orden que me han encargado transmitirle, señorita...—Y aunque amable, su tono era decidido.

—Esa orden me ofende —dijo Sandra—. Es una prueba de desconfianza que no merezco.

—No es una prueba de desconfianza —negó Floravanti—. Es una precaución por su seguridad... por su propia vida...

—Este asunto me concierne sólo a mí y no acostumbro a rectificar mis decisiones —respondió ella con bastante altivez.

—En este caso, todo lo que haga usted será por su cuenta y riesgo —dijo él fríamente—. Le advierto que ya no podrá contar con nuestro apoyo ni con nuestra ayuda.

—Lo sé. Espero que no tendré necesidad —añadió con indiferencia.

—Así lo deseo... —terminó él—. Permítame decirle que tiene mi completa desaprobación... pero también toda mi admiración... ¡Buena suerte!

Y alzando la cortina para darle paso, dijo recobrando el tono profesional:

—Descuide usted, señorita,

hoy mismo la enviaré el disco que ha elegido.

—Gracias. Buenas tardes... —dijo despidiéndose Sandra.

Ya en la calle se tomó unos segundos para reflexionar sobre el camino que la convendría seguir.

Dos vendedores de periódicos habían entablado un dúo a competencia pregonando a grito pelado el diario que cada uno vendía:

—«¡Las Noticias!» —lanzaba uno, con un vozarrón capaz de dejar sordo al que tuviera más cerca.

—¡«El Tiempo»! —vociferaba el otro, haciendo alarde de sus facultades.

Aquella competencia ensordecedora hizo a Sandra decidirse en seguida por cualquier camino.

—Buenas tardes, señorita Morinof... Estoy encantado de encontrarla —dijo una voz muy conocida junto a ella.

—Empezaba a sentir nostalgia de su presencia —dijo Sandra burlona, reconociendo a Pablo—. ¿Me ha seguido usted?

—Precisamente. Supongamos que volvemos al momento de nuestra primera presentación... Usted es la señorita Morinof... periodista, y yo el ingeniero Su-

lich, constructor de puentes...

—Supongámoslo —dijo Sandra divirtiéndose—. ¿Y qué?

—¡Oh! nada. ¿Me permite ofrecerle una taza de té?...

—Gracias... ¿Dónde?

—Hay un pequeño café típico... Muy a propósito para los enamorados.

—Fingiremos ser dos enamorados... —dijo Sandra, encontrando la idea muy original, siendo enemigas. Y se dejó conducir por Pablo entre las callecitas de la vieja ciudad, hasta un cafetín de pobre aspecto.

Cuando llegaron bailaban algunas parejas. Se dirigieron a un tranquilo rincón, donde encontraron una mesa vacía, y Sandra dijo al dueño que se acercó solícito:

—Dos tazas de té.

El dueño se apresuró a dar las órdenes oportunas. Eran lo más elegante que se le había entrado por las puertas desde que fundó el negocio.

Las mujeres miraban a Sandra con envidia. Su abrigo, su calzado, su bolso y sus guantes eran de aquellas tiendas que ellas se tenían que contentar con mirar por fuera... Y, además, era guapa, y tenía bonita figura. No las quedaba el consuelo de criticar

sus narices o sus piernas torcidas.

—¿Leche o limón? —la preguntó Pablo sirviéndola.

—Un poco de leche. Gracias. —Y cuando el camarero los dejó solos, le preguntó, mirándole a la cara:

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —contestó Pablo... fingiendo quizá no comprender.

—Espero saber qué es lo que quiere decirme... Supongo que no me ha traído aquí sólo por el gusto de ofrecerme una taza de té —dijo ella decidida a despejar la situación de una vez.

—Cierto..., tengo algo que decirle... ¿Por qué no se marcha? —la dijo al fin, con unos ojos en los que se leía angustia... y afecto.

—¿Adónde? —repuso ella sin comprenderle bien.

—¡Fuera... lejos! ¡Pero le aconsejo que no pierda tiempo!

—¿Es una amenaza? —preguntó Sandra.

—No... Es una advertencia... Kavelik ha dado órdenes de vigilarla estrechamente.

—Esa no es una razón para que yo deba huir... No tengo nada que ocultar... Que me vigile... Acabará por cansarse... Además, no comprendo todo este



interés de usted...—dijo mirándole entre maliciosa y desconfiada.

—Es muy sencillo... Me disgustaría mucho tener que hacerla fusilar —dijo sencillamente.

—¿Es que tiene esas intenciones? —preguntó con tranquilidad, como si se tratase de la cabeza de otro cualquiera.

—Podría llegar a constituir una necesidad... Hablemos claro, Sandra Morínof... Kavelik la ha puesto en libertad porque no existían pruebas suficientes contra usted —dijo aproximando su silla a la de la joven.

—Entonces —respondió ella respirando profundamente.

—Las pruebas eran suficientemente para mandarla ante el pelotón... —aseguró Pablo severamente—. El no se dió cuenta, pero yo sí... Aquellas fotografías de las villas y caseríos dispuestas de cierto modo... e interpretadas con un código secreto... indicaban con suficiente exactitud... la distribución de nuestras tropas... y el emplazamiento de la artillería...

—¡Cuánta peripetia! —exclamó Sandra con sarcasmo.

Pero Pablo no se desconcertó por sus burlas y siguió diciendo:

—Existían, además, entre sus

cartas... dos documentos muy importantes... Uno era una lista de los agentes sudaneses en Lavoña y otro se refería a la inminente llegada a Sudania del Embajador del Margoistán, Petroski. Si estos dos documentos hubiesen caído en manos de Kavelik, a estas horas no tendría el placer de ofrecerle una taza de té —agregó por último.

—¿Y cómo no cayeron en manos de Kavelik? —preguntó Sandra, como pudiera haber preguntado por el final de una novela.

—Porque yo no se los he dado... Los documentos están aquí en mi cartera... ¿Quiere verlos? —preguntó, por si ella dudaba.

—No es necesario... —dijo ella confiándose—. Pero... no comprendo adónde quiere llegar con ese discurso —le confesó.

—Si parte inmediatamente... los destruyo...

—¿Y si no me voy... —preguntó jugando con una cucharilla—me hará fusilar?

—¡No lo sé!... ¡Puede ser! —respondió—. Pero aun tengo otra proposición que hacerle...

—¡Imbécil! —gritó en este momento una de las «distinguidas» parroquianas de aquel café,



queriendo propinar un botellazo a un individuo.

Los que estaban cerca cogieron la botella en el aire, evitando un homicidio, y unos cuantos se enzarzaron en una disputa que amenazaba convertirse en batalla.

—¡Señores... pronto! Vengan conmigo...—le dijo servicial una muchacha, haciéndoles subir por una escalerilla que tenían cerca, a un departamento solitario y tranquilo.

—¡Calma!... ¡Calma! ¡Que me amuináis el local!—gritaba entretanto el dueño del establecimiento. Y para dar la sensación de tranquilidad desde la calle, exigió al director de la charanga con honores de orquesta:

—¡Máestro! ¡Música!...

—¿Y decía usted que este café era ideal para dos enamorados?—preguntó Sandra humorística, escuchando la tormenta desde lejos.

—Eso creí—dijo él disculpándose.

Pero como la tranquilidad renacía en la planta baja, desentendiéndose de aquello siguió su conversación.

—Usted es una mujer audaz e inteligente... Su colaboración podría sernos preciosa... ¿Quié-

re trabajar para nosotros?—expuso al fin.

—¿Es una orden?

—No... Una propuesta...—dijo Pablo, sabiendo además que era muy difícil que aceptara si lo creía una imposición—. Es usted libre de aceptarla... o rechazarla... Si acepta, será usted bien recompensada. Si rechusa... la arrestarán. Piénselo... Le doy doce horas de plazo para decidirlo—la dijo invitándola a reflexionar.

Pero ella lo hizo con toda rapidez, intrépidamente:

—Ya lo he decidido... No es necesario... ¡Acepto!

—¿Trabajará para nosotros?

—Sí... De lo demás... no hay por qué hablar...

Y proponiéndose informarse cuanto antes de sus nuevas obligaciones le preguntó:

—¿Qué debo hacer?

—Tendrá usted instrucciones exactas... Yo estoy encargado de velar por la seguridad de nuestro huésped... Podré facilitar su cometido—dijo animándola.

—¿Y podré recobrar mis documentos comprometedores?—preguntó, dando vueltas a una idea fija.

—Cuando usted me entregue el documento de Petroski...

## PLAN DE CAMPAÑA

SANDRA descansaba breves momentos en su habitación. En realidad su descanso era muy relativo, ya que su inteligencia trabajaba activamente. La madeja de los acontecimientos se había enredado de tal manera, que sacar el hilo sin romperlo, por entre aquellos laberintos, era tarea de finísima paciencia. El aparato de su mesa empezó a llamar:

—Dígame... Sí... soy yo... ¿Quién habla?

—Sulich...—respondió su comunicante—. Quería decirle que dentro de una hora iré ahí para acompañar al Embajador, al Ministro de Estado... Al vernos, usted se acercará a nosotros con

el pretexto de darme unas cartas importantes. La presentaré como mi secretaria.

—Como excusa para presentarme debería buscar algo mejor—repuso ella con ligero desdén.

Pero él insistió:

—Es lo más práctico y lo más seguro. Lo importante es que en seguida entre en contacto con él. Ocupa una habitación del primer piso. El número de su cuarto es el veintinueve y el del salón el veintidós...

Estos detalles fueron atendidos por Sandra con más cuidado que los anteriores sobre «su manera de hacer»... La voz continuó:

—Llame en el veintidós... A

las cinco en punto... Ponga usted su reloj con el mío. Ahora son las cuatro y ocho minutos.

Sandra miró su reloj, que apenas marcaba la diferencia de unos segundos con el de Pablo. Y queriendo terminar cuanto antes, contestó dócilmente:

—Está bien... A las cinco... de acuerdo... seré puntual...—y Pablo no pudo ver la sonrisa que acompañó a sus palabras. Después se despidió:

—Buenas tardes...

El Embajador del Markistán acababa de subir al departamento que le habían reservado en el hotel. Este departamento consistía en una alcoba espaciosa con cuarto de baño y tocero ancios, un salón y un saloncito. Si bien estaba puesto con lujo, era el lujo sin fisonomía propia de todos los departamentos de los grandes hoteles del mundo.

Este Embajador, que se parecía mucho a todos los personajes que atraviesan por la vida siempre con una misión importante que cumplir, como todos los planetas de su magnitud, tenía un satélite, un secretario, que cumpliendo su misión, allanaba el camino por donde «su planeta» tenía que discurrir:

—Excelencia—decía respetuosamente—, ya le he dicho al portero que ruegue al señor Sulich que suba inmediatamente, en cuanto llegue al hotel.

Su Excelencia abrió la cartera de negocios que llevaba consigo y extrajo de su interior un sobre que entregó al secretario:

—Bien...—dijo distraídamente, contestando a lo que le exponía.

—Entregue usted este sobre a nuestro Cónsul...—le ordenó.

El secretario se apresuró a recogerlo, respondiendo:

—Inmediatamente... ¿Desea usted algo más?

—No...

Salió el joven del salón, y pasó el Embajador a la alcoba contigua a ordenar sus papeles.

Con la mayor naturalidad del mundo, Sandra había abierto la puerta del salón y canturreando, mientras se quitaba el sombrero y los guantes, se adentró en el mismo, con gran extrañeza del inquilino del cuarto, que salió de su alcoba y la interpeló:

—¿Señorita!...

Sandra retrocedió asustada, sofocando un grito de sorpresa. Luego se encaró con él:

—¿Quién es usted?... ¿Qué hace usted en mi habitación?



—No tengo nada que declarar— afirmó ella terca-  
mente.

—Fingiremos ser dos  
enamorados. ¿Dos tazas  
de té?





—Sandra Morinol, ven-  
ga con nosotros.



—Si dependiese de mi  
me quedaría toda la vida.



—¿Me enfrentáis con una mujer para hacerme hablar?

—Estoy en la plaza del Triunfo, en una peluquería de señoras.



—Creo que lo fusilarán.



—¿Sí? (Oh, pobre Sullich! Qué terrible obligación la suya)



—Su excelencia estará  
aquí dentro de unos mi-  
nutos.



—Su belleza me cautiva.





—Usted ha de resolver  
la situación.

—¿Quiere usted ser tan  
amable que me devuelva  
esa cartera?



—Encantadora. Encantadora. Es usted maravillosa.



—¿Recuerda la palabra convenida?



—Sandra Mortnof, queda usted detenida.



—Sé perfectamente todo lo que arriesgo, pero no me importa

El Embajador contestó firmáticamente:

—Eso es exactamente lo que yo quería preguntarle.

—¿Cómo? —dijo ella, mostrando un asombro indescriptible.

—Esta es mi habitación... —aseguró él, mirándola fijamente.

—¿La suya?—repitió Sandra. Y examinando los muebles de la misma y todo lo que la rodeaba, pareció avergonzarse en extremo.

—¡Oh, perdón! —dijo confundida—. Es un error... ¡Vivo en el otro piso!...

—No tiene que disculparse —dijo sonriendo el personaje.

Sandra, elegante, femenina, con el aire más inocente del mundo, seguía empeñada en sincerarse:

—La culpa es del muchacho del ascensor... En lugar de detenerse en el segundo... No es culpa mía.

Y para que él entendiera lo natural de su manera de comportarse, aseguró:

—Cree que entraba en mi habitación. Las habitaciones de los hoteles son todas iguales... —y en esto decía una gran verdad. Y a pesar de que su Excelencia no demostraba la menor impaciencia, por lo prolijo de sus ex-

plicaciones, comprendió que debía dejarle solo al fin.

—Le ruego que me dispense —terminó, mientras recogía su sombrero y sus guantes, que había arrojado al entrar sobre un sofá. Y saludando, ya con la mano en el picaporte de la puerta dijo:

—Buenas tardes.

Pero él había quedado encantado de la muchacha, y encontrando muy divertida su equivocación, la detuvo con un gesto:

—Espere, tenga la bondad... Ya que la suerte ha hecho que nos conozcamos de un modo tan caprichoso... ¿puedo tener el placer de saber quién es?—dijo acercándose y tendiéndole una mano.

—Sandra Morinof—dijo ella, correspondiendo a su amabilidad.

El se presentó también:

—Iván Petroski...

Y cuando esperaba en la joven un ademán de esos que indican en todo momento que se reconoce el nombre, por lo traído y llevado por la prensa, aunque no se le hubiera acomodado en el primer instante a la persona que tenía delante, observó en ella una elegante indiferencia,



como si fuese la primera vez que pudiera haberlo escuchado.

—Petroski... Petroski... —dijo ella, como si quisiera recordar—. Sí, me parece haber oído ese nombre...

El estaba un poco molesto, pues estaba acostumbrado al reconocimiento inmediato de su importancia. Aquella joven tan bonita, parecía haber caído del Limbo aquella tarde. A los esfuerzos que ella hacía para recordar, repuso:

—Es probable. Me han nombrado todos los periódicos...

—Pero apenas los leo por encima.

Petroski se volvió y cogió de sobre una mesa uno que tendió a la joven:

—Mire... —dijo mostrándole su retrato, y el pie del mismo, que lo identificaba—. Vea usted quien soy...

—¡El Embajador del Markaistán!

—En persona...

Pero Sandra lo miraba pensativa, repitiendo:

—Un embajador...

—Sí, un Embajador...

Y como extrañase el tono con que Sandra lo repetía, preguntó:

—¿Por qué? ¿Le asustan los diplomáticos?

—Yo creía que los embajadores eran hombres... gruesos, viejos, terribles, con unas barbas...

Y diciendo así, sonreía coqueta, para hacerse perdonar su mala inteligencia hacia estos personajes.

Petroski, presumió un poquito:

—¿También yo le parezco un hombre viejo?

—No, usted es un hombre joven—contestó Sandra.

—No sé que es lo que haría para convencerla de que los embajadores no somos tan terribles como cree —dijo mirándola con ojillos sonrientes.

—No he sabido expresarme bien..., perdón —pidió Sandra. Y decidida a llevarlo a cabo, dijo:

—Ahora me marcho... Estará muy ocupado... Sus minutos son preciosos.

—No, hasta las cinco no tengo absolutamente nada que hacer —la aseguró él—. Faltan tres cuartos de hora. En mi saloncito podremos charlar tranquilamente —dijo invitándola a pasar.

—No me parece oportuno... Casi no nos conocemos —opuso Sandra.

Sandra, que deseaba poner fin a la escena, no sabía qué decir.

y callaba. El teléfono, muy oportunamente, dejó oír su voz.

—¿Me permite? —se excusó él. Y tomando el aparato, contestó.

—Sí... Dígame que suba... — Luego, volviéndose a ella, dijo:

—¡Cuánto lo siento! ¡El deber me llama!

—Le agradezco su amabilidad —dijo Sandra levantándose en seguida.

—¿La volveré a ver? —le preguntó Petroski acompañándola hasta la puerta.

—No lo sé... —dijo ella con picardía—. Confíemos en su buena suerte.

—Mi buena suerte puede cansarse... —respondió él—. Es preciso aprovecharla. ¿Quiere que cenemos juntos mañana?

—¿Dónde? —preguntó Sandra, como si quisiera excusarse.

—Si no le causa temor... en este salón... aquí.

—Acepto —dijo ella. Y él, agradecido, francamente respondió:

—Gracias. ¿Prefiere salir por allí? —dijo mostrándole otra puerta. Sandra que había oído unos pasos muy conocidos para ella, comprendiendo la intención de Petroski, aceptó:

—Sí... Es mejor. —Seguramente Pablo llegaba.

Y no bien hubo salido, cuando, en efecto Sulich llamaba a la otra puerta del departamento.

—¡A sus órdenes, Excelencia! —dijo al embajador cuando entró.

—¿Es ya la hora?

—Sí, Excelencia. He ordenado a mi secretaria que venga... Puede seros útil...

—Bien... Se lo agradezco... Podemos marcharnos...

Sandra apareció en este momento, llenando de asombro a Pablo:

—Perdón... He olvidado mi bolso... —dijo disculpándose. Y cuando el embajador, que la sonrió amablemente los presentó, la señorita Morinof hizo a Sulich un saludo con la cabeza, disimulando una sonrisa. Después, volviéndose al Embajador con deliciosa confianza:

—Entonces... hasta la vista... Petroski —se despidió.

—Hasta mañana a la noche— puntualizó el embajador. Y volviéndose luego a Pablo le advirtió:

—La secretaria se retrasa...

—Es inútil esperarla, Excelencia... Creo que no vendrá —contestó Pablo convencido.

Y salieron juntos de aquella estancia en la que aún flotaba, como una sonrisilla burlona, el perfume delicado de la traviesa Sandra Morinof.

Sandra, desde su habitación, pedía a la centralilla una comunicación urgente:

—Pronto... Con la Editora Musical de Floravanti que está en la calle Kiceusca... Espero al aparato. —Y conseguida la comunicación, saludó:

—Buenos días..., Floravanti... La señorita Morinof... ¿Me recuerda? Ayer estuve ahí oyendo unos discos de Beethoven... Lo he pensado mejor y me quedo con aquellos que me recomendó... —dijo significativa.

—Bien —respondió su interlocutor—. Celebro mucho, señorita, que haya decidido seguir mi modesto consejo. ¿Y cuándo debo enviárselos?

—Puede usted enviármelos mañana... pero bien acondicionados para el viaje, ¿verdad? Los cuatro nocturnos de Chopin, la sonata de Beethoven y la fuga de Bach... Gracias.

Cuando colgó el aparato se encontró con Pablo que la miraba tranquilamente.

—¿Cuándo ha entrado usted?

—le preguntó en un tono que quería indicar que las personas educadas piden permiso para entrar en las habitaciones de los demás.

—Ahora —dijo tranquilamente sin disculparse—. Pero no tema, no he oído lo que usted hablaba...

—Podía haberlo oído... Nada misterioso... Compraba unos discos.

—Lo sé... He oído la última frase... La fuga de Bach... Música muy interesante..., música difícil... que no es asequible a todos...

—En efecto —aseguró dándole la razón—. Requiere cierta preparación musical... Y ahora, ¿a qué debo el honor de esta nueva e inesperada aparición?

—Puede imaginárselo... Le agradecería que me explicara...

—¿El qué? ¿Mi presencia en el departamento Petroski? —dijo ella cayendo en la cuenta.

—¡Exacto! Habíamos quedado en que se presentaría usted como mi secretaria...

—Perdóneme, Salich... Pero el procedimiento me parecía demasiado ingenuo —dijo con desenvoltura. Invitando a Pablo a sentarse, añadió:

—Quería demostrarle que po-

—día encontrarse un modo más práctico y eficaz para introducirme en la cueva del león... ¡Es agradable el Embajador! —dijo con malicia, recordando su entrevista.

Pablo no pestañeaba siquiera y ella continuó:

—Un hombre muy simpático... Pero, ¿no tenía usted que acompañarle al Ministerio de Estado?

—Ya le he acompañado —dijo Pablo secamente—. Tendré que ir a recogerle. Me ha encargado que me informe respecto a usted. ¿Comprende?

—No le creí tan desconfiado —dijo ella mortificada. Curiosa, preguntó:

—Y usted, ¿cómo se los dará?

—Muy buenos, naturalmente —respondió Pablo con sinceridad. A él le convenía tanto como a ella que el otro no desconfiase.

—También me ha rogado que le envíe flores en su nombre —añadió.

—¿Sí? —respondió la señorita, abriendo mucho los ojos—. ¡Pobre Sulich! ¡Qué terrible obligación la suya! —dijo cómicamente compasiva.

—He oído que al acompañarla a la puerta... le ha dicho: Hasta mañana.

—Me ha invitado a cenar mañana por la noche —contestó Sandra. Y como notase su asombro, explicó:

—Una cena en sus propias habitaciones.

—¿Y usted ha aceptado? —la preguntó Pablo mirándola fijamente.

—Forma parte de mis deberes... —dijo Sandra devolviéndole la que él la dijo antes.

—Mañana deben celebrarse las conversaciones con los agentes extranjeros... y, probablemente, será fijado el acuerdo secreto. ¡Es preciso apoderarse de él! —dijo con firme autoridad.

—Está bien... ¡Lo intentaré! —respondió resuelta.

Se levantaba Pablo para marcharse, cuando recordó:

—Tenga... Se me olvidaba... —dijo alargándole unos billetes de Banco.

—¿Qué es eso?

—El dinero... El resto lo recibirá al terminar su labor... Me parece que no tengo más que decirle —dijo él reflexionando. Luego se despidieron.

—Entonces, hasta mañana...

—Hasta mañana.

Kavelik estaba desasosegado, como siempre. De continuar mu-



cho tiempo en aquel puesto, no moriría de viejo, con toda seguridad.

—Tengo la impresión —decía hablando con Pablo Sulich—, de que se está preparando algo muy grave... Yo no comprendo nada —siguió con su muletilla acostumbrada—, el nuevo embajador del Markaistán nos muestra simpatía y, sin embargo, se entrevista con agentes enemigos...

—Sí, precisamente por esta razón hemos de tratar de conocer sus planes, simulando deseos de expresarle nuestra simpatía —le contestó el joven, queriendo tranquilizarle.

—Pero a mí me parece que la situación es demasiado confusa. Este nuevo embajador pacta con nuestro Gobierno y trata también con los disidentes... Las infiltraciones extranjeras son incontables... Estamos de centinela constante y dispuestos a rechazar su juego... —decía. Luego, recordando otra cosa, exclamó:

—A propósito... ¿Ha visto usted el informe de los agentes que vigilan a Sandra Morinof?

—No. ¿Qué dice?

—Nada. Está en el hotel... No ve a nadie... No habla con nadie... Yo, sin embargo, no estoy tranquilo. Tengo miedo de

que, cuando menos lo esperemos, ella de pronto corte la cuerda... ¡Y desaparezca! —dijo estremeciéndose ante perspectiva tan catastrófica. Y como su teléfono de mesa empezó a llamar, descolgó:

—Al habla... ¿Qué pasa? ¿A qué hora?... Espere que tome nota—y buscando el bloc y el lapicero, así lo fué haciendo—. Diga... ¿Cómo? Bien, bien... —Y volviéndose a Pablo, le explicó:

—Se trata de ella precisamente.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Sulich algo inquieto.

—Ha telefonado el capitán Skónie, que la vigila. Ha salido del hotel cerca de las diez... Se ha detenido en una casa de artículos fotográficos... Después, a pie, se ha dirigido al mercado donde ha comprado un vestido muy humilde de campesina...

—Ordenaré su detención —dijo Kavelik, cortando por lo sano—. Pero Pablo quiso disuadirle. En aquellos momentos, la detención de Sandra Morinof, echarían por tierra todos sus planes.

—¡No! —le dijo rápido—. No lo haga... —Luego quiso hacerle ver que no había motivo para aquella medida tan radical.

—No se la puede detener por-

que se haya comprado un vestido...

Pero Kavelik se había encariñado con su idea, de la que se prometía una temporada de tranquilidad.

—Bueno... Aunque así sea... Pero si no la mando detener, no estaré tranquilo, créame... —dijo insistiendo.

Pero su aparatito de mesa volvió a dejar oír su timbre:

—Dígame... —dijo descolgándolo. Y luego pegó un respingo:

—¿Eh?... ¿Confidencial?... Bien... Sí. ¿Quién habla?... ¿Usted? —dijo en el colmo de su asombro.

La voz de Sandra, persuasivamente burlona, hablaba desde el otro extremo del auricular:

—Buenos días, señor Kavelik. Quiero rogarle que tranquilice a su agente, al capitán Skonie... que debe estar desesperado porque me ha perdido de vista —y aquí su voz tomó una tonalidad dulcemente compasiva.

—Estoy en la plaza del Triunfo —dijo localizándose, para la tranquilidad de su interlocutor... Y siguió dando más detalles:

—En una peluquería de señoras... para que me arreglen el cabello... Tardaré más de una hora... Puede recogerme aquí... —

dijo en el colmo de su bondadosa condescendencia.

—Gracias. Gracias... por la información... —balbuceó Kavelik, no sabiendo casi lo que se decía.

—¡Ah!... Escuche... una advertencia... Si por casualidad ve al señor Sulich... dígame, por favor... que encontré el título para la novela... «Un ramo de violetas»... —Y en una mirada expresiva que Kavelik dedicó a Pablo, éste comprendió que hablaba de él.

—Gracias, señor Kavelik... Buenos días... —dijo despidiéndose.

—Buenos días —contestó Kavelik, profundamente malhumorado. Y al colgar el aparato, le dijo a Pablo.

—Tengo la vaga sospecha... de que se estaba burlando... Era ella misma la que telefonaba...

Pablo tuvo que esforzarse para no sonreír.

—¿Ella?... ¿Y qué le ha dicho?

Kavelik, como si tragara rejalgas, fué diciendo:

—Me ha dicho que le diga a Skonie que se encontraba en la peluquería y que el vestido de campesina era para una vieja sirvienta...

Al pronunciar estas palabras retorció una cuartilla de papel que había sobre la mesa, quizá pensando, en su subconciencia, que con el mismo placer hubiera retorcido el lindo pescuezo de Sandra Morinof.

Luego recordando que aún le había dicho más, siguió:

—Y después me ha hecho un encargo extraño... —y tan extraño le parecía, que miraba a Pablo fijamente, como si éste pudiera tener la solución de aquel enigma estampado en el rostro.

—Me ha pedido que le diga que ha encontrado el título de la novela... Se trata de «Un ramo de violetas»... —dijo prolongando la última sílaba.

Pablo no estaba dispuesto a dar largas explicaciones:

—Nada... Nada... Ya lo comprendo —dijo quitándole importancia.

Pero esto a Kavelik no le bastaba. Quería comprenderlo también él, y miraba a su interlocutor casi con angustia, pero inútilmente:

—Bien... Bien... Lo comprende usted... lo comprende ella...

—Y lleno de amargura, dijo por último:

—El único que no comprende nada, soy yo...

En el salón del departamento de Petrovski, el secretario de éste, echaba una última mirada sobre todos los detalles de la mesa, preparada para la cena de Sandra Morinof con su Excelencia.

Las flores llenaban los jarrones repartidos por los muebles y algunas ponían su nota de color sobre la blancura inmaculada del mantel.

Una omisión involuntaria, que pueda dejar en mal lugar al arfitrón, ha costado más de un disgusto, cuando no el cargo, al infeliz delegado que no cayó en la cuenta.

El camarero vino a pedir órdenes:

—¿A qué hora debo servir la cena?

—Su Excelencia había dado orden para las ocho y media... Pero ya son las ocho y cuarto... Será mejor esperar...

Pablo había entrado en el departamento de Sandra cuando ésta se daba el visto bueno al espejo, después de haberse colocado un ramo de violetas. El joven no pudo por menos de expresar su admiración con una elocuente mirada.

—Estoy dispuesta para mi trabajo... ¿Estoy bien? —preguntó



con coquetería. Realmente estaba bellísima y elegante.

Pablo, que sabía mucho del servicio secreto, pero que del secreto de saber agradar a las mujeres había muy poco, apenas había contestado a su pregunta. Sólo se le ocurrió preguntar:

—¿Por qué no se pone una orquídea?

—Porque las violetas... me recuerdan la persona que me las ha enviado —contestó ella.

—¿Se complace en recordarlo? —preguntó.

—No es que me complazca... ¡Es que es necesario! ¿Podría olvidar mis deberes? Es bastante emocionante el pensar que mientras un hombre me hace el amor... existe otro dispuesto a hacerme fusilar... ¿Qué hora es? —preguntó después de un silencio.

—Las ocho y media...

—Ya le quedan a usted pocos minutos para sus últimas instrucciones —dijo mirándole con expresión indefinible.

—Temo que el riesgo a que se expone... sea excesivo —dijo él.

—¿Y bien? —preguntó Sandra, comprendiendo que era tarde para pensarlo.

—Puede renunciar... —insinuó—. Tengo aquí sus cartas... Estoy dispuesto a destruirlas y

hacerla acompañar a la frontera...

Sandra se quedó como quien ve visiones. No quería dar crédito a lo que escuchaba.

—¿Hacerme acompañar a la frontera? —dijo dudando si se trataba del mismo Sulich que, con toda frialdad la entregó a la policía, después de cenar en amigable camaradería de una noche—. ¿Y por qué esta inesperada generosidad?

Dudaba si no sería una celada que le tendía el encargado «del servicio secreto». Pero el tono y el aspecto de Pablo, en aquellos momentos, eran sólo del hombre que compadece a una débil mujer metida en un asunto peligroso. A la pregunta de ella, Pablo respondió:

—Me repugna obligarla a esa misión.

—Me parece que tiene usted demasiado corazón para el puesto que ocupa... —dijo ella—. ¿Y el documento? ¿No le interesa?

—Me encargaré yo del asunto —dijo él resueltamente.

—No. Me ha dado usted dinero y debo hacer cuanto me ha ordenado.

—Tanto mejor —respondió Pablo, como arrepentido de lo dicho. Luego la explicó:



—El pacto se ha firmado hoy... Petroski lo llevará consigo. En cuanto lo obtenga, me comunicará el contenido del Z-3. Puede telefonar a Kavelik.

—Está bien. —Y disponiéndose a salir, cogió de sobre el tocador una especie de bolso que llamó la atención de Pablo Sulich.

—¿Qué es eso? ¿Un bolso? ¡Qué forma tan extraña!

—No tendrá la pretensión de registrar mi bolso...

—No... Puede estar tranquila

—dijo sonriéndose, no queriendo mostrarse incorrecto—. Ahora la dejo... —dijo despidiéndose—. Es mejor que no nos vean juntos...

—Como usted quiera...

—Y recuerde que trabajo con Kavelik... Espero que me telefonará...

Instantes después de salir Pablo de sus habitaciones, se dirigía ella a las de su Excelencia, llamando en su auxilio a toda su inteligencia y a todo su valor.

CENA PASIONAL

**E**l señor Petroski? —preguntó Sandra al joven secretario, entrando en el departamento.

—Su Excelencia estará aquí dentro de unos minutos... Ha telefonado hace poco... La ruego se sirva perdonarle —dijo doblándose en la más respetuosa de las reverencias.

Sandra, despojándose del abrigo y abandonándole sobre una butaca, dijo:

—Hace mucho calor aquí... ¿Quiere abrir la ventana? —Y para entretener la espera, se dedicó a examinar aquella estancia.

—Muy bonito —dijo alabándolo.

—Es el departamento oficial —dijo el secretario.

—¿Para las personalidades? Pero el Embajador llegaba en aquel momento, encantado de verla y deshaciéndose en excusas.

—No sé como pedirle perdón... ¿Hace mucho que esperaba?

—No... Acabo de llegar —dijo Sandra tranquilizándole.

—Encantadora... Encantadora... Es usted maravillosa —decía mirándola embelesado.

Después, necesitando decir algo al secretario, que convertido en estatua de sal esperaba sus órdenes, pidió licencia:

—¿Me permite?

Sandra tomó asiento en un sofá, pareciendo aislarse de todo aquello, a fin de que Petroski dictara sus disposiciones con entera confianza.

—Oiga, Masky, diga a la centralita que no me distraigan por ningún motivo.

—Está bien, Excelencia...—Y recordando que aún faltaba conocer algunos detalles, preguntó:

—Y... ¿sus instrucciones para la marcha?

—Las tiene Niegorov... Pídaselas a él...

El secretario salió de la estancia, y Petroski cerró para que nadie les molestase. Después, volviéndose a Sandra, se excusó de nuevo:

—Ahora tendrá que excusarme... Un instante... ¿Me perdona?

—No faltaba más... No se preocupe por mí...

Petroski pasó a la alcoba, y sacó algunos papeles de su cartera, que había traído consigo, metiéndolos en una caja que tenía sobre una mesa de su cuarto.

Sandra, desde el salón, apenas volviendo la cabeza, pudo atisbar su maniobra. Comprendió que en aquella caja quedaba depositado el documento por el cual tanto se jugaba ella en aquellos momentos, y su corazón latió apresuradamente.

Petroski volvió y ella tuvo el aire más inocentemente distraído del mundo.

—Gracias... —agradeció él, por la paciencia que demostraba al no poder atenderla exclusivamente, como hubiera debido. Pero trató de recobrar el tiempo perdido.

—¡Qué bella es usted! —la dijo, con el tono meloso que le era habitual. Parecía que, de tantos idiomas como había tenido que manejar en su vida, le hubieran quedado en el tono, las cadencias de los más armoniosos...

—Esta noche lo está mucho más —la aseguró convencido. Por otra parte ya hemos visto que era verdad: la joven estaba bonita como nunca.

—Hay en usted algo inquietante... misterioso...

Y al pronunciar estas palabras, no supo el personaje, hasta qué punto podía resultar para él, inquietante, en verdad, la compañía de Sandra.

—¿Ha recibido las flores? —preguntó, reparando en el ramo de violetas que Sandra llevaba puesto.

—Sí... Eran preciosas... —agradeció la joven. Y añadió, ponderándolas:

—¡Demasiado bellas!

—Pero no he acertado con su

gusto —dijo Petroski, con ligera decepción.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Veo que prefiera las violetas... —Y como si pudiera sentir celos, tan tempranamente, apenas conocida, la preguntó:

—¿Son el homenaje de algún amigo?

Sandra quiso mostrarse como él la había definido: Inquietante y misteriosa, y así repuso:

—Su pregunta es un tanto indiscreta. ..

Y bajando el rostro para aspirar el aroma de sus flores, le miró, dejando flotar entre los dos aquella incógnita amorosa.

—Su respuesta es muy evasiva... —dijo él. Después, prudentemente, añadió:

—No insisto... ¿Quiere sentarse?

Sandra aceptó la invitación y se sentó a la mesa, disponiéndose él a servirla con toda solicitud. Como la cena era fría, se habían excusado la presencia molesta de los camareros y se encontraban en la más estricta intimidad los dos solos.

—Conocí muchas mujeres hermosas en mi vida, pero ninguna me impresionó demasiado —la dijo confidencial.

Sandra empezaba a tener mie-

do. ¿De qué conocía a aquel hombre para saber hasta dónde podría llegar, ni de qué la conocía él para saber hasta dónde podría atreverse? Su exquisita galantería, en la intimidad causaban más recelo que agrado. Pero se había metido «en la cueva del león» y ya no podía retroceder.

—Cuando hablaba con ellas... perdía toda la ilusión que puse en conocerlas —siguió, continuando con su tema.

—¿Y no ha amado nunca? —le preguntó Sandra.

—No estoy muy seguro... —dijo. Y tomándole una mano y mirándole en sus ojos, continuó:

—Lo que creo peor en nuestro caso... es que nos separaremos... Hoy estamos aquí, el uno al lado del otro... Mañana estaremos separados por millares de kilómetros... ¿Quiere usted que la diga que la amo? —la dijo apasionadamente.

—Sería bastante ridículo —repuso Sandra, queriendo enfriar su entusiasmo.

—¿Por qué ridículo?... —dijo como hablando consigo mismo. Luego le respondió:

—Sí... ¡es ridículo!... ¡Pero muy triste!... En este momento creo ser sincero... ¡No puedo ocultarla que la amo!



La situación de Sandra se complicaba. El champán daba a aquel hombre una fuerza y un calor que no parecía tener habitualmente y a ella se le volvía casi imposible la tarea de contenerle en los límites de la corrección indispensable. Varias veces sus manos huesudas se habían tendido con la pretensión de acariciarla, y más de una vez acercó tanto su rostro al de ella, que hubiera podido besarla fácilmente. El servicio secreto tiene demasiados peligros para una mujer joven y bonita...

Petroski seguía su declaración de amor:

—Jamás—aseguraba convencido, aunque tal vez hubiera asegurado aquello mismo a más de una bella— he sentido una sensación de felicidad semejante a la de ahora...

Y como sacudiendo las preocupaciones de los deberes de su cargo, añadió despreciativo:

—¡Al diablo todo lo demás!..

Sandra se había levantado y alejándose de la mesa, se había sentado en un sofá.

Allí fué, siguiéndola, el malhadado galán, y sentándose a su lado continuó su declaración:

—¡Su belleza me cautiva!

Y si no fuese por que también le cautivaba el champán, Sandra se hubiera visto muy apurada en aquel momento. Pero algunas botellas que todavía quedaban, alejaron momentáneamente de su lado a su Excelencia.

—Créame, Sandra—decía: encendiendo otra copa y viniendo hacia ella con la copa y la botella en las manos:

—La amo, como nunca creí... Nunca...

Sandra se echó a reír. Su risa era... compasiva, despreciativa, nerviosa...

No le gustó al Embajador.

—No, no se ría —la dijo muy serio.

Y tomando otra copa y llenándola, se la ofreció a la joven:

—Brinde —la dijo. Y como ella no se la tomase, preguntó:

—¿No quiere beber?

Sandra ya no podía más. Su tortura junto a aquel hombre medio embriagado, empeñado en cortejarla y en hacerla beber también, llegaba al límite de lo que sus nervios podían resistir:

—No..., no.. —dijo negando-se resueltamente—. ¡Basta... basta!...

—Entonces, beberé yo... —la respondió flemáticamente. Y mi-

rándola significativamente, fué diciendo:

—¡Esta... por sus ojos!... —y vació una copa de un trago. Sandra le miraba casi espantada, y Petroski sonreía diabólicamente:

—Esta... por su sonrisa... —dijo bebiendo otra vez—. Y ésta...

—¡No, basta! —le dijo Sandra, quitándole la botella. Luego le quiso hacer reflexionar:

—¿No le parece que ya ha bebido bastante?

Pero a Petroski, sin duda, no se lo parecía.

—¿Bastante? —preguntó con sorna. Y luego, entre incomodado y jocos, le preguntó:

—¿Usted cree que yo estoy embriagado?

Sandra le miró sin contestarle. En aquel momento sentía por este individuo un asco imponderable. Pero él no lo advertía, y continuaba hablando, aunque con menos facilidad, muy divertido, al parecer, evocando sus recuerdos:

—¡Yo he nacido dentro de un barril de vino! —aseguró. Y con la misma firmeza, dijo:

—No he estado embriagado en mi vida... Nunca... nunca... se

lo aseguro... —repetía machacón.

Y buscando la botella que Sandra le había quitado, volvió a llenar otra copa y a ofrecérsela:

—¡Beba!... ¡Beba!...

Al fin, al no acertar a dejar la copa sobre la mesa, se pasó la mano por la frente, y confesó:

—Sí... estoy mareado...

Y acercándose a Sandra, con fiebre en los ojos, la dijo:

—Pero, la culpa es suya...

Sandra estaba en pie, como el medio más seguro para librarse de los entusiasmos de Petroski. El seguía insistiendo, a pesar de que saltaba a la vista lo contrario.

—El champán no me hace efecto...

Quiso sonreírla con naturalidad, pero la pechera le ahogaba y algunas gotas de sudor corrían por su frente.

Se sentó pasándose un pañuelo por la frente y el cuello. Luego exclamó, faltándole el aire:

—¡Uf! ¡Qué calor!...

Pareció quedarse adormilado o atontado en su asiento, y Sandra se acercó observándole. No parecía darse cuenta de su presencia ni de nada de lo que le rodeaba.

—¡Petroski! ¡Petroski! —le

llamó Sandra, sin que él hiciera el menor movimiento.

Pensó ella entonces que había llegado la hora tan deseada de cumplir aquel servicio por el que tanto había expuesto. Momentos

antes pudo ver cómo Petroski, al pasar a su alcoba, había guardado un documento en una cajita, que allí se encontraba, apenas a diez pasos de ella, incitándola a resolverse...

## JUEGO DESCUBIERTO

COMO Pretroski continuaba inmóvil, Sandra dió rápida y silenciosa los pocos pasos que la separaban del objeto de su misión. La caja no estaba cerrada con llave y pudo cerciorarse, examinándolo rápidamente que tenía en sus manos el auténtico documento T-3. Pero no pudo alegrarse de haberlo encontrado. Una voz, fría en extremo, pero muy conocida, le exigía:

—¿Quiere usted ser tan amable que me devuelva esa carta?

Al volverse rápidamente, vió al Embajador apuntándola con un pequeño revólver, sin asomos de su aparente embriaguez pasada. Y como quizá eran estos los peli-

gros que más la enardecían, dijo aparentemente tranquila:

—¡Es usted un gran actor!... Creí de verdad que estaba chrio.

Mientras que hablaban, ella conservaba aún el documento en el interior del extraño bulto que llevó aquella noche.

—Ya se lo he dicho antes... No he estado embriagado en mi vida —volvió a asegurar. Y como Sandra no acabase de devolverle aquel papel, insistió, tendiendo su mano:

—¡Haga el favor!...

Sandra sacó de su bolso el precioso documento, diciéndole:

—Ahora no tiene más que avisar a la policía...

A su excelencia no le interesa-



ba la publicidad. Podría no favorecerle... Comprobando que había recobrado el auténtico documento, respondió:

—No es necesario... Tengo bastante con haberlo recobrado...—Y sin la menor galantería, por si ella pudiese hacerse ilusiones, añadió:

—Además, creo oportuno evitar el escándalo... ¡Eso es todo!

Las humillaciones también formaban parte de los deberes de la joven, como agente del servicio secreto. Supo contestar a tono:

—¡Tiene usted razón! —Y recogiendo su abrigo, se despidió:

—Lo agradezco mucho... Embajador Petroski... su excelente champán francés... ¡Buenas noches!

—Buenas noches —contestó el Embajador. Y después de asegurar en el bolsillo secreto de su smoking el documento recuperado, con aire de malhumor, marcó en su teléfono un número conocido.

Kavelik se hallaba con Pablo Sulich, cuando sintió llamar a su aparato:

—Dígame... ¿Quién habla?... ¡Oh, señor Petroski! —exclamó.

—¿Petroski? —preguntó Pablo—. ¡Deje, hablaré yo!...—dijo con el mayor interés, arrebatándole casi el auricular—. Buenas noches, Excelencia... Sí, soy Pablo Sulich... Dígame...

—Ha ocurrido una cosa muy desagradable —decía Petroski en tono de reproche—. Hace poco alguien ha tratado de robarme un documento importante... ¡Una mujer!... Aquella Sandra Morinof de quien me dió un buen informe... —Y como en su conciencia estaba que Pablo no se la había recomendado para el grado de intimidad que él la concedió, quiso tranquilizarle en parte:

—Usted no tiene ninguna culpa... ¡Las personas sospechosas son siempre las menos sospechosas!...

—¿Se apoderó del documento? —preguntó Pablo, con el alma pendiente de la respuesta del embajador.

—No... Llegué a tiempo de evitarlo... La cogí infraganti...

Si Kavelik hubiera podido escuchar lo que oía Pablo, hubiera extrañado el gesto que correspondía a la noticia recibida. Toda la tensión anterior, pareció aflojarse en un ademán de desaliento. Pero aún quería saber y su Excelencia respondía:

—¿Cómo? No, no había ninguna razón para detenerla... Por mí el asunto ha terminado... He querido informarles para su conocimiento.—Y como Pablo manifestó deseos de entrevistarse con él, accedió:

—Como quiera... Les esperaré...

—En resumen... ¿Quiere usted explicarme? —preguntaba Kavelik, muerto de curiosidad.

—Vámonos —respondió Pablo, lacónico, tomando su sombrero. Pero Kavelik se plantó, decidido a no salir sin enterarse.

—Ella... ha intentado robar el documento a Petroski...

—¿Ella? —dijo Kavelik, sintiendo frío por la espalda.

—Sí, ella, Sandra Morinof.

—¿De verdad?... Estaba seguro que al fin lograría salir con la suya —dijo convencido. Y añadió, reconviniéndole:

—Con su genial idea de ponerla en libertad...

—No perdamos tiempo... inútilmente. Vamos a ver a Petroski —dijo Pablo impaciente.

—Un momento —exigió Kavelik.

—¿Qué es lo que quiere usted hacer? —preguntó Pablo.

—¡Ah!... Esta vez no haré caso a nadie... —dijo con inten-

ción, como si este nadie fuese precisamente Pablo Sulich. Y dirigiéndose al aparato, comenzó a dar órdenes terminantes:

—¡Pronto!... ¡Al habla!... Que bloqueen todas las salidas del Hotel Metropolitano... ¡Que nadie salga por ninguna razón!...

—Y mirando a Sulich, como si dijera «ahora verás lo que es bueno», añadió:

—¡Y que detengan a Sandra Morinof, que vive allí!... No hay que perder tiempo... Telefóne al capitán Skonié que está allí de servicio... Le aseguro... ¡Esta vez no la dejó escapar! —afirmó dirigiéndose a Pablo.

Petroski, mientras esperaba a Kavelik y a Pablo, daba sus últimas disposiciones para su próxima marcha.

—¿Su Excelencia desea algo más? —preguntó el camarero, después de cumplir todas las que le había encomendado, y preparándose para las que faltaban.

—No, nada... Gracias... Pueden retirarse...

Y como en aquel momento alguien daba golpecitos en la puerta pidiendo permiso para entrar:

—¡Adelante! —dijo.

Kavelik y Pablo entraron en el departamento de su Excelencia,

saludando respetuosamente. Especialmente el primero quería demostrar al embajador hasta qué punto le contrariaba lo ocurrido, y ponía una cara tan compungida, que daba ganas de consolarle.

—Verdaderamente no puedo felicitarles por su organización policíaca dijo Petroski con sarcasmo—. En mi país, una cosa semejante sería inconcebible.

—¡Estamos desconsoladísimos, Excelencia...! Pero esa mujer es diabólicamente audaz! —dijo Kavelik disculpándose.

—Lo he comprendido desde el primer momento... Por fortuna la aventura no ha tenido consecuencias... He aquí cuanto queda... —dijo con un poquito de melancolía— algunas violetas...

Y mostró unas pocas que se habían desprendido del ramo que había lucido Sandra aquella noche, y que había recogido del suelo dejándolas sobre un mueble.

—¿Está seguro, Excelencia, de que no se ha apoderado de nada? —preguntó Pablo.

—No... Todo lo que podía interesarle era un documento de cierta importancia... Pero lo he recobrado —dijo como si quisiera que no se ocupasen más del mismo.

—Creo que sería oportuno que

me lo confiase a mí... para mayor seguridad —le propuso Pablo.

Pero Petroski se negó amable y terminante.

—No... No es necesario... ¡Está seguro en mi poder!...— y después, preocupado con la idea de un escándalo, les confió:

—Quisiera evitar cualquier publicidad inoportuna sobre este incidente.

—¡No lo dudéis, Excelencia!...—dijo Kavelik, apresurándose a tranquilizarle—. Por otra parte, tampoco él quería que se hablase una palabra de un asunto que tan pocos éxitos le estaba proporcionando.

—Además —dijo muy seguro— esa mujer no puede ya evadirse... A estas horas, mis agentes la habrán ya detenido.

Como la risilla impertinente de un duende maléfico, el timbre del aparato telefónico empezó a repicar:

Fue Petroski el que cogió el teléfono:

—¡Al habla!... ¿Quién llama?... ¡Ah, sí!... —y volviéndose a Kavelik, le dijo:

—Es su agente... Quiere hablar con usted...

—Gracias... ¡Al habla!... ¡Ah!... ¿Es usted Skonie?...

La voz del capitán iba relatando:

—Nadie la ha visto huir... He dado órdenes de registrar el hotel, por si está aquí todavía...

Kavelik contestaba ya descompuesto, sin fon ni son. Skonie,

respondía a aquel aluvión de preguntas y mandatos, conforme Dios le daba a entender.

—¡Bien!... No, nada de importancia... ¡Sólo hay un bolso demasiado extraño!... Ahora lo llevo!...

FIN

2



## LA FUGA... DE BACH

SANDRA había recogido apresuradamente de su departamento lo más indispensable, y vestida con el traje de campesina que había comprado algunas horas antes, salió del hotel por la puerta de servicio, sin ser reconocida ni casi haberse topado con nadie.

Llegó por los caminos menos frecuentados al establecimiento de instrumentos y aparatos musicales, y apenas la vio Fioravanti, exclamó:

—Todo listo...

—Fioravanti... es muy importante... —dijo ella casi con angustia...

—Venga... a mi despacho.

Y pasaron los dos a una pequeña cámara junto al despacho de

Fioravanti, donde maniobraron los dos para revelar una placa de celuloide...

Skonie puso en manos de Kavelik el extraño bolso de Sandra, encontrado en su departamento.

—¿Qué significa esto? —dijo dándole vueltas, no muy tranquilo, por si se trataba de algún artefacto diabólico—. ¿Dónde lo ha encontrado? —preguntó.

—En su cuarto —respondió el capitán Skonie. Y con la mayor ingenuidad, supuso:

—Se conoce que con las prisas se lo habrá olvidado...

Petroski tomó el bolso:

—Recuerdo perfectamente este bolso... —dijo—. Lo llevaba cuando estubo aquí...

Pero la luz se había hecho, por una vez, en el tardo cerebro de Kavelik.

—¿Ah, sí? —dijo con intención—. ¿Y recuerda usted cuánto tiempo estuvo el documento en sus manos?

—¡Oh, pocos segundos! —dijo Petroski muy tranquilo—. El tiempo de ponerle en el bolso y devolverlo...

—Pero Kavelik había adoptado el aire de un trágico en el momento de exclamar: «¡Ahora lo comprendo todo!» y así aseguró:

—Pues, bien. ¡En esos pocos instantes, el documento ha sido fotografiado!...

—¿Fotografiado? —dijo Petroski con la lengua seca.

Y Pablo, que tenía el famoso bolso entre las manos, y no había cesado de darle vueltas, confirmó:

—Sí... Mire... Tiene un dispositivo bien sencillo... Un juego de espejos... iluminados con pilas... Al introducirlo en esta rendija, ha hecho disparar el obturador... ¡Es ingeniosísimo! —dijo casi sonriente.

En la cámara de Fioravanti, ésta y Sandra Morinof, inclinados sobre el líquido de una cubeta, observaban lo que iba aparecien-

do. Cuando juzgaron que ya estaba en sazón, lo sacaron del líquido, y Sandra, nerviosa, suplicó:

—Déme una lupa, por favor...

—Tenga —y Fioravanti se la alargó, quedándose los dos descifrando aquel escrito por el que se jugaban la vida y la libertad...

Tal era la alegría de la joven al comprobar que poseía la fotografía auténtica del Documento Z-3, que se le saltaron las lágrimas de emoción.

Petroski no pudo menos de exclamar, admirándola:

—¡Una mujer inteligente!... ¡Se ha burlado de todos!

—Es verdad... ¡Ha jugado hasta conmigo! —respondió Pablo más a sus propios pensamientos que a las palabras del embajador. Porque los demás no sabían hasta qué punto se hallaba él comprometido en la captura del documento.

Ahora era Petroski el que no quería, de ninguna manera, dejar escapar a Sandra Morinof:

—Es necesario capturarla a toda costa... —exigió nervioso—. Se halla en juego el interés de mi país y el de ustedes... —les aseguró. Y luego, pasándose la mano por la frente, fría y sudorosa

como cuando sufrió los excesos del champán, dijo con desesperación:

—¡ Si traspasa la frontera las consecuencias serían gravísimas!

Kavelik volvió a presumir:

—Las fronteras están vigiladas...

—No temáis, Excelencia... ¡ Esta vez no se escapará! —aseguró con optimismo.

Petroski le interrumpió bruscamente:

—Sí... Siempre dice lo mismo... Pero, entretanto... Es capaz de...

Mientras la policía se devanaba los sesos por atraparla, la joven ultimaba su escapatoria con Fioravanti:

—Un pasaporte a nombre de Elisa Vremic de Skoplje, doméstica... —decía éste entregándole unos papeles. Y después le preguntó:

—¿ Recuerda la palabra convenida?

—Sí... Virgilio... En la pequeña farmacia...

—Hay un tren directo a las tres y media... Será mejor que tome el de las cuatro... Es un correo... Estará menos vigilada.

Y después de estas recomendaciones, la preguntó con interés:

—¿ Necesita dinero?

—No... Gracias... Tengo bastante... Alguien me lo ha proporcionado gentilmente... —Y recordando, entristecida, sus aventuras anteriores, recomendó:

—Fioravanti... póngase en guardia... Esa persona tiene sospechas de usted... ¡ Es un hombre... implacable! —dijo estremeciéndose. Y aseguró convencida:

—Haré lo posible por verme contra un muro y frente al pelotón de ejecuciones... Esperemos que Dios me ayude...

Fioravanti compadeció a la joven, que en aquellos momentos parecía un poco abatida, sin duda por el terrible cansancio que pesaba sobre ella.

—¿ Es usted muy valiente, Sandra! —la dijo, pensando en todos los peligros que aún habría de sortear.

—No sé... Cuando pienso en ese hombre, siento un pequeño estremecimiento... Temo que sea miedo... ¿ Fioravanti? — dijo alarmada, escuchando una fatídica advertencia que transmitían los altavoces de la Radio.

—Aviso urgente de la Central de Policía... Ningún coche debe abandonar la ciudad, sin un per-

miso especial... Todas las carreteras deben ser vigiladas...

Y otra voz continuaba:

—¡Al habla!... Comunicación especial para los hoteles y casas de huéspedes. Se busca una mujer rubia de uno veinticinco años... Altura. Uno setenta... Ningún tren debe partir sin que sea registrado...

Y otra tercera, que aún sonaba más amenazadora, concretaba:

—Se busca a una mujer rubia, llamada Sandra Morinof... Señas particulares...

Kavelik se entregaba a su más negra desesperación:

—No tengo más hombres... No tengo más órdenes... Esto es imposible...

Y quedaba casi alhelado, mirando al suelo, como si en él pudiera encontrar la solución de su problema, de aquel problema obsesionante que para él se llamaba «Sandra Morinof».

Uno de sus agentes vino a sacarle de su ensimismamiento:

—Todas las patrullas están avisadas... —dijo dándole como cumplimentada una de sus múltiples órdenes.

Y en esto llegó otro agente:

—Las fronteras están cerradas —comunicó saludando.

Pero el primero no había terminado, y casi quitándole la palabra de la boca al compañero, siguió:

—Los aeropuertos están vigilados...

Kavelik se atrevió a respirar hondo.

—Muy bien... entonces no tenemos más que esperar... — y adoptó una postura más cómoda, como aprestándose a ello pacientemente.

—No... —dijo respondiendo a sus propias objeciones. — No podrá escaparse...

El capitán Skonie, presentándose, le hizo abandonar su cómoda postura de espera:

—Señor... Parece que Sandra Morinof ha huído y trata de tomar el tren para el Norte...

—¿De veras?

—Han visto a una mujer de sus señas, vestida de campesina.

—¡Ah! ¡No! No podrá escapar... Ocurra lo que ocurra, la satisfacción de hacerla fusilar, no me la pierdo... —decía regodeándose cruelmente—. La hemos encontrado... En el tren del Norte. Telefónece usted a la primera estación donde para el tren... Que la detengan y que la traigan inmediatamente —dijo resuelto.



Pero Pablo intervino:

—No... Un momento... Así corremos el peligro de que se fugue otra vez.... —Y como Kavelik se le quedó mirando sin comprenderle, añadió con saña:

—¡Quiero arrestarla yo!...

¡Tengo una cuenta que liquidar con esa mujer!... —Y en tono breve, que no admitía réplica, pidió:

—Deme dos hombres... Telefonee para que pongan a mi disposición un aeroplano...

## EL FINAL DE SU NOVELA

**M**IENTRAS tanto, la pobre Sandra, temerosa siempre, huía hacia la frontera.

Sin que nadie la detuviese, había conseguido tomar asiento en un departamento de tercera de aquel correo que Fioravanti la recomendó. En el departamento viajaban con ella pobres gentes, que iban a sus tráficos humildes, pero que vivían con más tranquilidad por no interesar su vida a nadie.

El cansancio cerraba sus ojos, pero no quería entregarse al sueño temerosa de no apearse a tiempo... de despertar sin libertad, cuando aún podía llamarse libre... a pesar de que la perse-

guían como sabuesos todos los policías de aquel país...

Llegaban. Todos recogieron sus abultados equipajes, liados en trapos y en papeles mugrientos. Fueron bajando uno a uno del departamento, ayudándose mutuamente con buena caridad.

Ella pronto recogió un paquete que llevaba sobre la falta, por haber abandonado en el hotel todo lo demás. Aceptó una mano ruda que se le tendía. El cansancio tan grande que soportaba, no le había permitido bajar el escalón de un salto, como lo hubiera hecho de no encontrarse en aquellas circunstancias.

Y ya miraba para orientarse sobre el camino a tomar, cuando

una voz bien conocida, heló la sangre en sus venas:

—Sandra Morinof... queda usted detenida...

A su lado el temible Pablo Sulich acababa de pronunciar aquellas palabras.

—¡Ha vencido usted! —le dijo mirándole con profundo desaliento.

—Es evidente... —Y como ella había dejado caer el paquete que llevaba, él la ordenó:

—Recoja ese paquete... Sígame usted...

Kavelik había puesto a su disposición, en efecto, el avión que Pablo pidió para este servicio. Y en pocos momentos el pájaro de hierro, había alcanzado en su camino al tren, que caminaba más despacio, arrastrándose sobre el vientre de su locomotora como una serpiente gigantesca.

Pablo tuvo que caminar despacio, porque a Sandra le costaba trabajo poder andar sobre los malos senderos que atravesaban los campos hasta llegar a donde les esperaba el avión.

No se dijeron una palabra por el camino, y anduvieron los dos seguidos por los agentes que Pablo había llevado consigo y que no se habían atrevido a ponerle a la muchacha la mano encima,

dejando la tarea de su detención exclusivamente a Sulich.

Ya estaban ante el avión y el piloto preguntó:

—¿Partimos en seguida?

—Sí... —repuso Pablo. Y dirigiéndose a Sandra.

—Suba usted —la ordenó. Luego, dirigiéndose a uno de los agentes, le dijo:

—Telefonee usted al señor Kavelik que todo se ha realizado de acuerdo con sus previsiones. Vuelvan en tren a la capital...

Los agentes saludaron cuadrándose, y el avión despegó fácilmente, lanzándose al horizonte casi sin sentir.

Dentro de la cabina de los pasajeros, Sandra sentada junto a Pablo, no pudo por menos de decirle:

—Desgraciadamente nuestra novela no podía tener un final feliz —y encontrándose, a pesar de su terrible situación, con ganas de bromear, añadió:

—Pero ha habido una página bastante interesante... ¿No es verdad?

Los asientos eran cómodos, el día claro y riente y el cielo se ofrecía desde aquel departamento bello como nunca. Pablo se encontraba francamente a gusto en aquellos momentos.

—Creo que la página más interesante... será la última —dijo.

—Pero a Sandra le sonaron trágicamente en los oídos estas palabras. Contestó:

—¡Ya!... Puede ser... pero no la más divertida... Al menos para mí...

Pero en aquellos momentos el aparato volaba valientemente sobre el agua. Sandra lo advirtió, exclamando:

—¿El mar?... Pero, ¿adónde vamos?

—A Lavonia —dijo Pablo, aproximándose más a su prisionero. —Ahora ya puedo decírselo... Soy... Pablo Solieri, agregado al servicio de información de Lavonia.

—¿Un lavonés? —dijo ella asombrada—. Entonces... ¿por qué me ha hecho usted detener?... —preguntó, queriendo explicarse aquel enigma.

—Para salvarla... Vea usted... la última página de la novela es

la más interesante... —Y mirándola a los ojos, se atrevió a decirle:

—Y si usted quiere, será la más bella...

Sandra cerró los ojos un instante, emocionada profundamente. Luego refiriéndose al piloto, preguntó:

—¿Pero él?...

—No tema... También él es de los nuestros... —Y como viese en el fondo los perfiles de su tierra amada, la mostró con calor:

—Mire usted... ¡Ya estamos llegando!...

Sandra, rendida a tantas emociones, después de mirar lo que él le mostraba, recostándose sobre su hombro, murmuró amorosamente:

—¡Lavonia!... ¡La patria!...

Y con estas palabras se cerró aquella novela de aventuras vividas por los dos, abriéndose ante ellos la novela amorosa de su vida futura.

FIN



COLECCION



75 céntimos

P A R A   H A C E R S E   A M A R  
PENSAMIENTOS SOBRE LA MUJER Y EL AMOR  
CARTAS Y DECLARACIONES DE AMOR  
NUEVAS CARTAS AMOROSAS  
LO QUE DESAGRADA EN LA MUJER

---

150 NUEVOS PIROPOS  
MANOJO DE PIROPOS

---

LENGUAJE DE LAS FLORES

---

CUENTOS GITANOS Y VOCABULARIO CALÉ

---

JUEGOS DE MANOS  
PRESTIDIGITACION  
ADIVINACION DEL PENSAMIENTO

1'25 ptas.

PASATIEMPOS - CRUCIGRAMAS

(publicación mensual)

---

Pedidos Editorial Alas - Apartado 707 - Barcelona

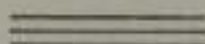
Los artistas más célebres

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en

**Editorial ALAS**



**EDICIONES BIBLIOTECA FILMS**

**2 ptas.**

El bailarín pirata . . . . Charles Colling  
Melodía de Broadway . . Robert Taylor  
Agua de amor . . . . . Gené Raymond  
Héctor Financiera . . . . Gino Cervi  
El mundo a sus pies . . . Lily Pons  
Sepultada en vida . . . . A. Nazari  
Defensores del crimen . . Richard Dix  
Aventura Pompadour . . . Kato de Nagi

Melodía roja . . . . . Billy Birgel  
Titanes del mar . . . . Victor McLaglen  
Cupido sin memoria . . Ann Sothern  
María Ilona . . . . . Paula Wessely  
Posada Jamaica . . . . Charles Laughton  
El caso Yare . . . . . Clive Brook  
Quelmar de Hollywood . Joan Fontaine  
Los tres vagabundos . . Heinz Ruhmal

**SERIE ALFA**

**2'50 ptas.**

Sabú, Toomey de los  
elefantes . . . . . Sabú  
Tú cambiarás de vida . . M. Redgrave  
Las dos niñas de París . . C. Barghon  
¿Eh mi hijo? . . . . . Lil Dagover  
La última avanzada . . . Cary Grant  
Vacaciones juez Harvey . Mickey Rooney  
Marguerite Gautier . . . . Greta Garbo y  
Robert Taylor  
Mortal sugestión . . . . Ann Harding  
Una chica insoportable . Danielle Darrieux  
Bajo manto de la noche . Edmund Lowe  
Alarma en el expreso . . M. Redgrave  
Crimen de medianoche . Ramón Pereda  
El signo de la Cruz . . . Fredric March  
El asesino invisible . . . Walter Abel  
Los dos pilletes . . . . . Jacques Tévni  
Pygmalion . . . . . Leslie Howard  
María Estuardo . . . . . Kath. Hepburn  
Cuidado con lo q. haces . Michael Redgrave  
Por la dama y el honor . Paul Lukas  
El día que me quieras . . Carlos Córdel  
El pequeño lord . . . . F. Bartholomew  
Tarcón de las fieras . . . Buster Crabbe  
Albergue nocturno . . . . Greta Cynn

El misterio de Villa Rosa . Judy Kelly  
Acusada . . . . . Dolores del Río  
Forja de hombres . . . . Mickey Rooney  
Lo prefiero millonaria . . Gené Raymond  
Los peligros de la gloria . James Cagney  
La bella rebelde . . . . Ann Sothern  
Buscando fama . . . . . Don Ameche  
Una mujer imposible . . . Jenny Jugo  
El hombre del Níger . . . Victor Francen  
Extraños en luna de miel . Hugh Sinclair  
Andrés Harvey Tenorio . Mickey Rooney  
Fruto dorado . . . . . Clark Gable  
El secreto del marqués . . Armando Falconi  
Irene . . . . . Ana Náagie  
Una hora en blanco . . . Franchot Tone  
La botella . . . . . Charles Boyer  
La familia Robinson . . . Fr. Bartholomew  
La muj. de los dos coraz. . Greta Garbo  
Luna llena . . . . . Jean. MacDonald  
La luna radiante . . . . Joan Crawford  
Cuando ellas se encuent. . Melvyn Douglas  
El rapto de Laura . . . . Joan Fontaine  
Una chica se divierte . . . Jean Arthur  
Una mujer endablada . . . Lupe Vélez  
El club 400 . . . . . George Murphy

Pedidos a **EDITORIAL «ALAS»**. - Apartado 707. - **BARCELONA**

Los más célebres artistas  
Las grandes producciones  
La mejor literatura  
siempre en **EDITORIAL ALFA**

**BIBLIOTECA CINE NACIONAL**

2 ptas.

La última falla . . . . . Miguel Ligeró  
La reina mora . . . . . María Arias  
Rinconete madrileño . . . P. G. Valázquez  
Mía de la O . . . . . Carmen Amaya  
¡No quiero! ¡No quiero! . . José Daviera  
Eran tres hermanas . . . . Luisito Cargallo  
Bohemios . . . . . Emilia Aliaga  
Don Flopando . . . . . Valeriano León  
Los hijos de la noche . . Miguel Ligeró

Martingala . . . . . Niffo Marchena  
Rápteme usted . . . . . Celia Gámez  
Usted tiene ojos de mu-  
jer fatal . . . . . R. de Sentmenat  
Tierra y cielo . . . . . Manuchí Frauss  
¡Jai-Alái! . . . . . Inés de Val  
¿Quién me compra un  
un lío? . . . . . Mariuja Tomás  
Alas de paz . . . . . Lois de Valois

**SERIE ALFA**

2'50 ptas.

Carman, la de Triana . . . I. Argentina  
El anillo sacro . . . . . E. Cargallo  
La Dolores . . . . . Rosita Díaz  
La Millena . . . . . R. de Sentmenat  
Suspiros de España . . . Miguel Ligeró  
Clarín del Montcayo (Los  
de Aragón) . . . . . M. de Diego  
El octavo mandamiento . . Lina Yegros  
Rumba al Cairo . . . . Miguel Ligeró  
El difunto es un vivo . . Antonio Vico  
Málinos de viento . . . . Pedro Tadol  
La alegría de la huerta . . Flora Santacruz  
El barbero de Sevilla . . Miguel Ligeró  
Melodía de arcebol . . . I. Argentina  
C. Gardel

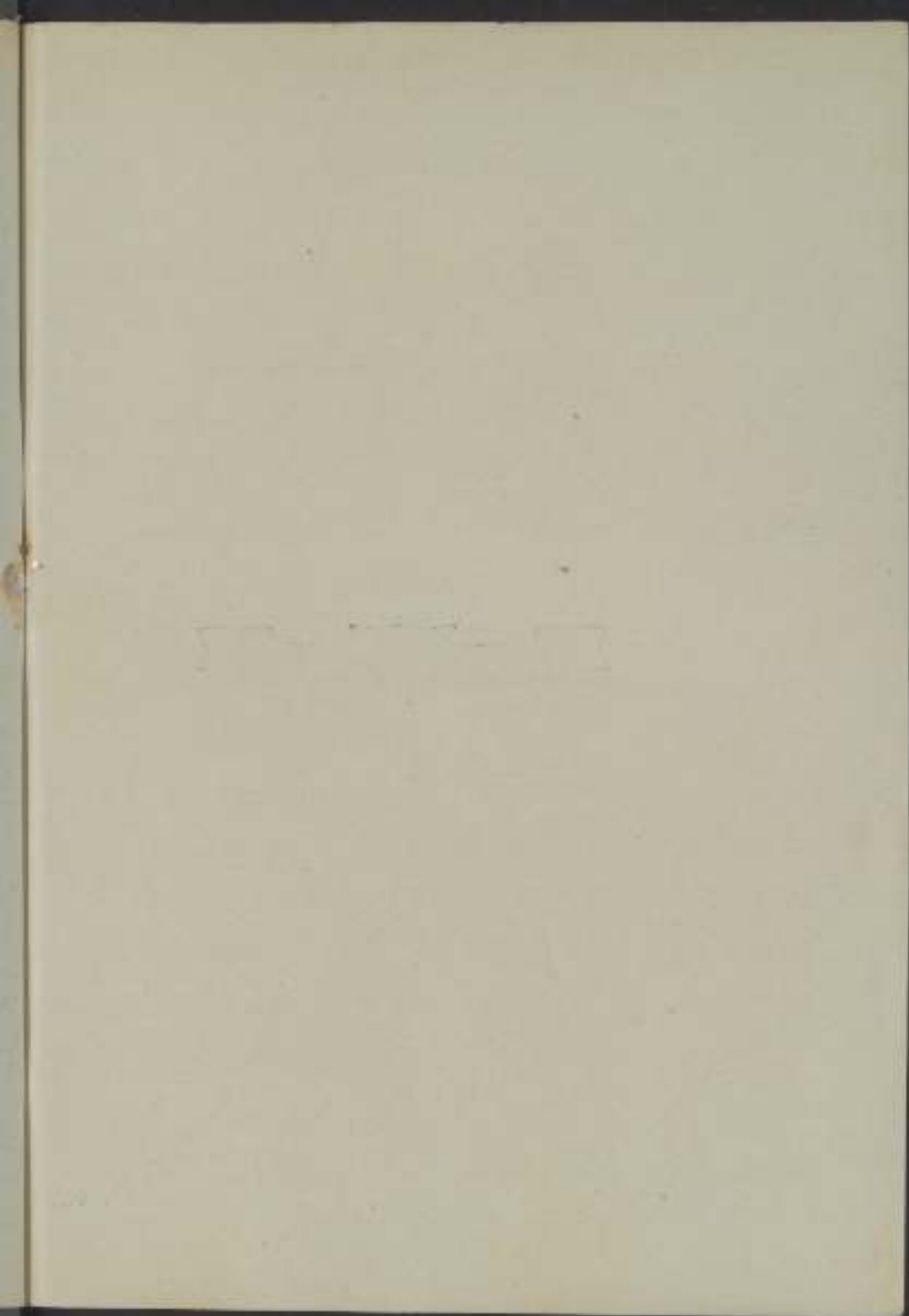
Sol de Valencia . . . . . Mariuja Córnez  
Misterio en la Marisma . . Tere D'Algy  
Rosas de otoño . . . . . M. F. L. Cuevas  
La patria chica . . . . . Estrellita Castro  
La chica del gato . . . . . Jurita Hernán  
Un enredo de familia . . Mercedes Vecino  
La culpa del otro . . . . Luis Prendes  
Fin de curso . . . . . Luchy Soto  
Mi enemigo y yo . . . . . Josita Hernán  
Y tú... ¿quién eres? . . José Nieto  
Una mujer en un taxi . . Silvia Morgan  
Una herencia en París . . Tony D'Algy  
Empezó en boda . . . . Sara Montiel

**SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.**

A la lima y al limón . . Miguel Ligeró  
La Parrala . . . . . Mariuja Tomás  
Verbena . . . . . Mariuja Tomás  
Rosa de Africa . . . . Rafael Medina  
Noche de engaño . . . Amadeo Nazari

Centavo del deseo . . . . Leslie Howard  
Flor de espino . . . . . Gracia de Triana  
Tú llegarás . . . . . Roberto Rey  
Buenas noches . . . . . M. Luisa Geroné  
Otoño . . . . . Roberto Rey

Pedidos a **EDITORIAL «ALFA»**. - Apartado 707. - BARCELONA







2.<sup>50</sup> ptas.

402 - A. G. BUELO